

Capítulo 3  
GRAMSCI, EL FASCISMO  
Y EL COMPROMISO HISTÓRICO:  
EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO

Nuestro interés por el estudio del Partido Comunista Italiano (PCI) proviene del hecho de que su evolución en la dirección de un compromiso formal con la democracia política, avalado por una práctica consistente en el mismo sentido, tiene lugar desde el interior de la tradición comunista. El PCI no pertenece, histórica y culturalmente, al socialismo "revisionista" asociado a Bernstein, Kautsky y Jaurès, sino al socialismo revolucionario asociado a Lenin y la Revolución Bolchevique: sus antecedentes no están ligados a la Internacional Socialista sino a la Internacional Comunista; su herencia intelectual proviene de Antonio Gramsci, un teórico de la revolución y no de la reforma.

Pese a todo ello, queremos sugerir en las líneas que siguen que la evolución más reciente del PCI, especialmente en el período de posguerra, no escapa al proceso de socialdemocratización característico del conjunto del socialismo europeo. En dicho período el PCI ha avanzado significativamente en la definición de un claro compromiso con la democracia política, superando las concepciones meramente tácticas, e incluso estratégicas, del pasado. Nuestra hipótesis central es que la evolución señalada, en la dirección de un auténtico socialismo democrático, se explica principalmente por el impacto del fascismo y el temor a una posible regresión autoritaria. Ello ha conducido a una nueva valoración de la democracia política, la que ha llegado a ser considerada como inseparable del socialismo, y a la proposición de un "compromiso histórico" entre fuerzas democráticas y progresistas, a fin de defender y ampliar la democracia.

En la evolución histórica del PCI, y desde el punto de vista de las relaciones entre socialismo y democracia, estimamos que pueden identificarse cuatro momentos significativos: 1) un primer momento, en los años veinte, está marcado por la oposición frontal a la democracia política y sus instituciones. En dicho período el socialismo es visto como la antítesis de la democracia "burguesa", la que debía ser destruida y superada efectivamente; más aún, democracia y fascismo eran vistos como dos caras de la misma moneda llamada capitalismo. En esta etapa, el dilema por resolver era "fascismo o revolución"; 2) en un segundo momento, en los años treinta, surge una nueva

valoración táctica de la democracia política. El advenimiento del fascismo lleva al Comintern y a Palmiro Togliatti (secretario general del PCI) a sugerir la tesis del Frente Popular, una alianza entre todas las fuerzas democráticas y antifascistas (no necesariamente anticapitalistas), a fin de hacer frente a la amenaza que se cernía sobre Europa bajo Hitler y Mussolini. En esta segunda etapa, el dilema se planteó en términos de “fascismo o democracia”; 3) un tercer momento, en el período de posguerra, es el de la Vía Italiana al Socialismo, siempre bajo la influencia de Togliatti. En esta nueva etapa se pasa de una valoración táctica de la democracia a una valoración estratégica; es decir, a una posición que postula a la democracia para “todo un período de la historia”, según la definición del propio Togliatti; 4) finalmente, bajo Enrico Berlinguer y el eurocomunismo, en la década de 1970, y de allí en adelante, podemos identificar un cuarto momento. En este último, se avanza más allá de una valoración meramente táctica, e incluso estratégica de la democracia, para sostener como tesis central que socialismo y democracia son inseparables. Se completa, así, el proceso de socialdemocratización del PCI, apareciendo este último, en su práctica concreta, como un partido socialista, democrático, de reforma.

En la primera parte nos referiremos a los dos primeros momentos, de oposición y luego de valoración táctica de la democracia, concentrándonos en aquello que a nuestro juicio resulta más rescatable de dicho período: el aporte teórico de Gramsci. En la segunda parte nos referiremos a los otros dos momentos, concentrándonos en el aporte de Togliatti, en torno a la Vía Italiana al Socialismo, y de Berlinguer, en torno al eurocomunismo. Finalmente, incluiremos algunas reflexiones acerca de las perspectivas futuras del PCI, tras la muerte de Berlinguer y el nuevo liderazgo de Achille Occhetto.

### *Gramsci y el Partido Comunista Italiano*

El PCI se formó en Livorno, en 1921, tras la derrota del Movimiento de los Consejos, impulsado por Gramsci, bajo la influencia de la Revolución Bolchevique y en la víspera del advenimiento del fascismo. Hay muy poco que destacar del PCI en el período entre guerras. Su alma estuvo marcada por el “sectarismo” de Amadeo Bordiga —según las palabras del propio Lenin. Tras el giro izquierdista de la Internacional Comunista, en 1928, el Partido Comunista Italiano, ahora bajo el liderazgo de Palmiro Togliatti, no hizo sino reforzar dicha característica fundacional, lo que lo condujo a un creciente aislamiento. Sólo a partir de 1935, con el triunfo de las tesis del Frente Popular, el PCI volvería a plantearse como un partido de masas, abierto al conjunto de la sociedad italiana.

Lo que sí resulta digno de destacar en este primer período, marcado en Italia por el ascenso del fascismo al poder, es la obra del principal teórico del partido, Antonio Gramsci. Sin ser un teórico de la democracia representativa o del pluralismo; sin ser un teórico de la reforma sino de la revolución; sin pertenecer a la tradición de la Segunda Internacional sino de la Tercera; fuertemente influido por Lenin y la Revolución Bolchevique; se puede decir,

sin embargo, que Gramsci influyó indirectamente en el desarrollo posterior del partido, marcado por un progresivo alejamiento del leninismo clásico o bolchevismo.

Su contribución en la dirección señalada tuvo lugar en la confrontación de la muy diversa estructura de poder en las sociedades del Este y de Occidente. Dicha comparación condujo a Gramsci a la proposición de las siguientes ideas centrales: descartar para las sociedades occidentales una revolución del tipo bolchevique; reconocer el fracaso, en el mismo tipo de sociedades, de las estrategias del "ataque frontal" al Estado (Guerra de Maniobras), y señalar la necesidad de pasar a una estrategia basada en la Guerra de Posiciones; volcar la atención y el análisis desde el Estado a la sociedad civil, desde la dominación a la "hegemonía", y desde la estructura a la superestructura; en síntesis, apuntar a la ocupación cultural de la sociedad antes que a la conquista del Estado. Todos estos aspectos nacen de la constatación, por parte de Gramsci, de la existencia de un importante elemento consensual en las sociedades occidentales.

Junto con lo anterior, destaca su reflexión acerca de la verdadera naturaleza del fascismo. Ello lo condujo a advertir sobre la extraordinaria complejidad de las formas políticas en las sociedades de Occidente, las que presentaban una adaptabilidad mucho mayor de la que sugiere un materialismo histórico clásico o vulgar. En términos tácticos y en el contexto italiano, ello lo llevó a adherir a las tácticas del Frente Único y a una política amplia de alianzas, tanto en lo social (con las masas de campesinos) como en lo político (con los socialistas italianos). Finalmente, destaca en Gramsci su rechazo a cualquiera forma dogmática y su estricto apego a la realidad; en su caso, la realidad de Italia. Esta última estaba marcada fuertemente por la "cuestión nacional", la que emerge de la clara separación entre el Norte y el Sur, y de la incapacidad histórica de la clase dirigente para crear un verdadero Estado nacional.

Antes de entrar al análisis del proceso de formación del PCI y de las ideas desarrolladas por Gramsci en los últimos años de su vida, en los Cuadernos de la Cárcel, tal vez convenga revisar algunos datos biográficos del teórico italiano, relacionados con su participación en diversos momentos históricos.

Antonio Gramsci nació en Cerdeña, Italia, en 1891. Este hecho sería determinante a lo largo de su vida, pues, la *Questione Meridionale* —referencia a la división de Italia entre un norte industrial y desarrollado, y un sur agrario y subdesarrollado— estaría siempre entre sus preocupaciones fundamentales. Gramsci consideraba que el atraso del sur era la consecuencia del fracaso del capitalismo italiano para expandirse y desarrollarse sobre una base nacional. Fue, justamente, sobre La Cuestión del Sur que estaba escribiendo cuando se produjo su arresto de por vida, en 1926.

Pero, aunque la "Cuestión del Sur" siempre estaría presente en el trabajo intelectual y político de Gramsci, su socialismo alcanzó un perfil más definido luego de su traslado a Turín, en 1911. Esta ciudad, en el centro del norte industrial de Italia, era una excepción al atraso en que se encontraba el

movimiento sindical italiano, en la década de 1910. Allí emergerá un movimiento socialista de una mayor consistencia.

En la Universidad de Turín, Gramsci conoció a Togliatti, Tasca y Terracini, el núcleo principal de lo que luego sería *L'Ordine Nuovo*. Fue en Turín —al que Gramsci se refirió como “El Petrogrado de Italia”— donde surgió, hacia fines de la década de 1910, una gran ola revolucionaria, bajo el impacto de la Revolución Bolchevique y en torno al Movimiento de los Consejos, impulsado por el propio Gramsci.

Pobre y enfermo, como siempre habría de vivir<sup>70</sup>, muy pronto Gramsci volcó sus energías en torno a las posibilidades y a la necesidad de formar en Italia un auténtico movimiento socialista. En concreto, ello significó unirse, en 1913, al Partido Socialista Italiano (PSI), un año después de que dicho partido había sido tomado por su ala revolucionaria.

Los escritos de Gramsci, en la forma de artículos de prensa, se hicieron más conocidos hacia 1916, en momentos en que formaba parte de la fracción “intransigente” del partido, dirigida por Amadeo Bordiga. Más tarde, Gramsci definiría su postura filosófica de esos años como de tendencia más bien croceana, lo que significaba una postura fuertemente antipositivista, en la línea de un idealismo neohegeliano, muy en boga en la Italia de la época. Ello implicaba atribuirle gran importancia a las ideas y, en general, a la cultura misma. Gramsci sostuvo que las revoluciones siempre habían estado precedidas por una intensa labor de crítica y de difusión de la cultura y de las ideas entre las masas. Tal había sido el caso, por ejemplo, de la Revolución Francesa, la que había estado precedida de las ideas de la Ilustración.

En Italia, Gramsci recibió la influencia tanto de Antonio Labriola como de Benedetto Croce, los que tenían en común precisamente una marcada oposición a las fórmulas deterministas. Labriola, quien había introducido el marxismo en Italia, fue uno de los pocos al interior de la Segunda Internacional en cuestionar el reduccionismo economicista de la socialdemocracia de la época; Labriola sostuvo que en el centro del marxismo estaba la idea de una unidad entre la teoría y la práctica, lo que expresó en el término “filosofía de la praxis”, el que luego sería tomado por Gramsci como un sinónimo de marxismo.

Benedetto Croce, por su parte, tenía el mérito, según Gramsci, de haber enfatizado la importancia del elemento ético-político presente en la historia. Contrario a toda concepción mecanicista, propia de las teorías evolutivas, para Croce el hombre era el protagonista único de la historia. El idealismo croceano, de tipo neohegeliano, fue tomado por Gramsci en la dirección de enfatizar el “poder de la voluntad” en el proceso de construcción histórica.

Muchas de estas ideas fueron tomadas por Gramsci hacia 1917, y expresadas en un famoso artículo suyo titulado *La Città Futura*. Ese mismo año

---

<sup>70</sup> Es interesante constatar que Gramsci es tal vez el único teórico relevante del marxismo de un origen humilde e, incluso, campesino —pese a que la obra de Marx está claramente dirigida al proletariado industrial.

estas ideas parecían recibir una confirmación cabal en la Revolución Bolchevique, la que demostraba el límite al que podía ser llevada la acción política y el poder de la voluntad. Más aún, dicha revolución demostraba que no era necesario esperar a que el capitalismo alcanzara una etapa madura de desarrollo, cuestionando de esta manera las teorías evolutivas tan en boga en la socialdemocracia de la época.

En efecto, para Gramsci la Revolución Bolchevique era el argumento definitivo en contra de las posturas evolucionistas y deterministas de la socialdemocracia. En este sentido, según Gramsci, podría decirse incluso que la Revolución Bolchevique era “la revolución contra ‘El Capital’”. En Rusia, escribió Gramsci, *El Capital* de Marx “había llegado a ser el libro de la burguesía más que del proletariado. Aparecía como la demostración más cabal de cómo los acontecimientos debían seguir un curso predeterminado”. Pero los acontecimientos —añade el autor— “han sobrepasado a las ideologías. Los mismos acontecimientos han destruido el esquema según el cual la historia de Rusia tendría que haber seguido los cánones del materialismo histórico”. ¿Por qué los bolcheviques tendrían que haber esperado a que la historia de Inglaterra se repitiese en Rusia?, se preguntaba Gramsci. Luego añade que aunque los bolcheviques rechazaban una determinada lectura del marxismo (evolucionista y determinista), no rechazaban el pensamiento innovador y vigoroso del marxismo. Estos hombres no eran marxistas, en el sentido anterior, pero “viven el pensamiento marxista, ese pensamiento (...) que, en el caso de Marx, estaba contaminado por incrustaciones naturalistas y positivistas”<sup>71</sup>.

Afirmaciones como éstas hacen que algunos lleguen incluso a poner en duda el carácter marxista de Gramsci, hacia esa etapa de su vida. A nuestro juicio, sin embargo, más que renegar del marxismo, y sin perjuicio de reconocer que aquél estaba contaminado de “incrustaciones naturalistas y positivistas”, en el fondo lo que hacía Gramsci era rescatar a Marx de las interpretaciones deterministas y evolucionistas de la socialdemocracia de la época, heredera de Engels, Kautsky y Plekhanov.

Otra característica de la Revolución Bolchevique, según Gramsci, era su hondo contenido democrático y el hecho de ser “inocente de todo jacobinismo”. Este último, que era considerado por Gramsci como un “fenómeno puramente burgués” —como lo demostraba la Revolución Francesa— consistía en el reemplazo de un régimen autoritario por otro; el reemplazo de un tipo de dictadura por otra dictadura de una minoría audaz. En cambio, lo que los bolcheviques habían hecho, según Gramsci, era reemplazar a un régimen autoritario “por el sufragio universal, extendiendo también el voto a las mujeres”. En Rusia, los bolcheviques “están persiguiendo objetivos que son comunes a la vasta mayoría de la población”, y esto no podía ser visto simplemente como el resultado de la acción de una minoría despótica.

<sup>71</sup> Antonio Gramsci, *Selections from Political Writings, 1910-1920*, editado por Quintin Hoare (Nueva York, International Publishers, 1977), 34.

En dos palabras, concluye Gramsci, "los socialistas revolucionarios no pueden ser jacobinos"<sup>72</sup>.

En 1918, Gramsci siguió con sus artículos en diversos medios de prensa junto con apoyar, al interior del PSI, y del lado de Bordiga, la más "feroz intransigencia" al Estado burgués, que era visto por él como "la organización económico-política de la burguesía", y una "fachada de instituciones democráticas"<sup>73</sup>. La atención y las energías de Gramsci en el período del llamado *biennio rosso* (1919-1920), estuvieron dirigidas a la organización de los *Consiglia di Fabbrica*, en la ciudad de Turín. Con ese objetivo fundó en mayo de 1919 *L'Ordine Nuovo*, una publicación semanal de cultura socialista, creada por la sección de Turín del PSI (Gramsci, Togliatti, Tasca y Terracini), que proclamaba el comienzo de "una nueva era de la humanidad". También dicha publicación pretendía establecer un nexo entre los intelectuales y la clase obrera.

Según Gramsci, el éxito de la Revolución Bolchevique estuvo muy relacionado con la creación de los soviets; este fue el gran impulso para la creación en Italia de los "consejos de fábrica"—en la medida en que Gramsci hacía un paralelo entre las condiciones económicas y sociales, en Rusia e Italia. Como él mismo escribiera en *L'Ordine Nuovo*, el principal objetivo perseguido por el Movimiento de los Consejos era la creación de una "genuina democracia de los trabajadores" basada en la acción de los consejos, a los que tanto el partido, en cuanto "órgano de educación comunista", como los sindicatos, en cuanto "instrumentos para la supervisión y el logro de reformas limitadas", debían quedar subordinados<sup>74</sup>. El objetivo de dicho movimiento era la creación de un nuevo orden: el Estado socialista, que era visto por Gramsci como la antítesis del Estado burgués.

Luego de la formación del primer consejo de fábrica, en septiembre de 1919, Gramsci escribió señalando su oposición tajante a la idea de buscar un arreglo de transacción al interior del Estado burgués, a través de soluciones "legalistas". Expresó asimismo su escepticismo en torno al papel de los sindicatos, de naturaleza distinta de los consejos, en cuanto asumen un "carácter esencialmente competitivo, no comunista. No pueden constituirse en un instrumento para la renovación radical de la sociedad". Añade que "la dictadura del proletariado sólo puede expresarse en un tipo de organización que es propia de la actividad de los productores, y no de los asalariados. Los esclavos del capital. El consejo de fábrica es el núcleo de esta organización"; es el "modelo del Estado proletario"<sup>75</sup>.

Junto con ver en los consejos a los verdaderos agentes de la revolución

<sup>72</sup> *Ibid.*, 28. Es interesante esta posición antijacobina de Gramsci—cualquiera que sea su propia "inocencia" en torno al elemento jacobino que sí puede encontrarse en el bolchevismo—, pues en su etapa más madura de pensamiento se va a reconciliar con un cierto jacobinismo, en cuanto necesaria fuerza unificadora de Italia (tal como había acontecido en Francia).

<sup>73</sup> *Ibid.*, 38.

<sup>74</sup> *Ibid.*, 65.

<sup>75</sup> *Ibid.*, 98.

—aun más que el propio partido—, Gramsci pensaba que a través de ellos sería posible educar a las masas de trabajadores en su propio proceso de liberación. El verdadero interés de Gramsci, como lo señala Cammett, era “educar a la clase trabajadora y elaborar una base cultural para una sociedad del futuro”<sup>76</sup>. El partido podría servir a este objetivo sólo en la medida en que fuese capaz de enraizarse de manera efectiva en la clase obrera.

Sin embargo, a medida que los acontecimientos transcurrían, Gramsci fue sintiendo las críticas dirigidas contra los consejos provenientes de diversos sectores del PSI. Las primeras críticas provinieron del ultraizquierdista Bordiga, quien argumentó que sólo a través de la conquista del poder político, mediante el partido “vanguardia”, sería posible hacer la revolución: “las fábricas serán conquistadas por la clase trabajadora sólo después que la clase trabajadora, en su conjunto, haya conquistado el poder político”<sup>77</sup>, sostuvo Bordiga. A decir verdad, Bordiga veía en el Movimiento de los Consejos una suerte de espontaneísmo y economicismo, vacío de todo contenido revolucionario. Por su parte, Gramsci ridiculizó al partido vanguardista que Bordiga tenía en mente refiriéndose al mismo como “una colección de dogmáticos o pequeños Maquiavelos (...) que hacen uso de las masas para sus propios intentos heroicos de imitar a los jacobinos franceses”<sup>78</sup>.

Detrás de las diferencias entre Gramsci y Bordiga estaba su distinta apreciación acerca del elemento central en la propia Revolución Bolchevique: mientras que aquél enfatizaba el papel de los soviets (o consejos), en una perspectiva pretendidamente democrática, este último ponía el acento en el papel del partido “vanguardia”, en una perspectiva que podríamos considerar más bien de tipo jacobina.

La crítica también provino de Serrati y de los líderes máximos del PSI, que eran los más interesados en ganar asientos en el parlamento. Era, por lo demás, una preocupación nada despreciable si consideramos que en las elecciones parlamentarias de 1919 el PSI obtuvo el 32% de los votos, convirtiéndose en el segundo partido más grande de Italia, con 156 de los 508 asientos en disputa. Inmerso en la dinámica de la competencia electoral, y en una etapa de ascenso, el partido se resistía a correr la “aventura” del Movimiento de los Consejos. Menos aún estaba dispuesto a aceptar la autonomía que los consejos estaban alcanzando, en relación al partido. De esta manera, y a fin de asegurar el papel protagónico del partido, Serrati señaló que “la única dictadura del proletariado posible es la dictadura consciente del PSI”<sup>79</sup>.

Finalmente, las críticas también provenían del ala derechista del partido.

<sup>76</sup> En John M. Cammett, *Antonio Gramsci and the Origins of Italian Communism* (California, Stanford University Press, 1967), 69.

<sup>77</sup> En Carl Boggs, *The two Revolutions: Antonio Gramsci and the Dilemmas of Western Marxism* (Boston, South End Press, 1984), 90.

<sup>78</sup> En Walter Adamson, *Hegemony and Revolution* (California, University of California Press, 1980), 58.

<sup>79</sup> *Ibid.*, 61.

Esta era la situación de Angelo Tasca, quien en un comienzo había formado parte del grupo de *L'Ordine Nuovo* pero que ahora pasaba a enfatizar el potencial revolucionario que existiría en el propio movimiento sindical. Su punto era que, desligados de los sindicatos y del partido mismo, los consejos estaban sumiéndose en un creciente aislamiento. Lo que Tasca proponía era algún tipo de fusión entre los sindicatos y los consejos. Por su parte, la respuesta de Gramsci, un tanto irónica, fue que el único deseo verdadero de Tasca era "abrir una nueva era en el movimiento sindical"<sup>80</sup>.

Todas estas críticas, que en esencia demostraban el escaso o nulo apoyo a los consejos por parte del PSI, junto a las propias debilidades del movimiento, condujeron a su fracaso.

Gramsci, por su parte, dirigió una encendida crítica contra el PSI, acusándolo de haberse transformado en un partido meramente parlamentarista. Junto con ello, y con gran lucidez, visualizó en el fracaso de los consejos no sólo un serio revés para el proletariado, sino la posibilidad de una asonada reaccionaria en Italia: "la fase actual de la lucha de clases en Italia es la fase que precede, ya sea la conquista del poder por parte del proletariado revolucionario (...) o bien una tremenda reacción de parte de las clases propietarias y de la casta gobernante"<sup>81</sup>. Era la víspera del ascenso del fascismo.

Junto con el fracaso del Movimiento de los Consejos vino la disolución del grupo de *L'Ordine Nuovo* y los primeros signos de quiebre del orden democrático liberal de Giolitti. Surgieron los primeros escuadrones fascistas, inicialmente en defensa de los terratenientes del Norte y Centro de Italia, en contra de las asociaciones campesinas católicas y socialistas, y luego en defensa y con el apoyo de los grandes empresarios industriales, los que habían quedado en extremo alarmados con el Movimiento de los Consejos y las ocupaciones de fábricas. Las advertencias de Gramsci sobre la posibilidad de una tremenda reacción por parte de las clases propietarias y de la casta gobernante estaban siendo confirmadas en la realidad.

Sin embargo, a pesar de las primeras señales de una reacción fascista y de las fuertes críticas que el propio Lenin había dirigido contra el sectarismo de Amadeo Bordiga —en su famoso escrito *El Comunismo Izquierdista: un Desorden Infantil* (1920)—, fue la posición de este último la que en definitiva se impuso al interior de la fracción comunista que se había formado en el PSI, y en la que tanto Togliatti, Terracini, Tasca y Gramsci ahora participaban, a pesar de sus diferencias. Todos ellos habían llegado a la conclusión de que el PSI, bajo el liderazgo de Serrati, ya no estaba sirviendo a un propósito revolucionario. La decisión, en conformidad a esta realidad y a las 21 Condiciones establecidas por el Comintern, fue proceder a la creación del Partido Comunista Italiano. Ésta tuvo lugar en Livorno, en enero de 1921.

El PCI se formó tras la derrota del Movimiento de los Consejos, impulsado

<sup>80</sup> Boggs, op. cit., 94.

<sup>81</sup> Gramsci, 1910-1920, op. cit., 191.

por Gramsci, y en la víspera del ascenso del fascismo. Con este último en la ofensiva y la izquierda en una virtual parálisis, el vanguardismo de Bordiga ganó en poder de convocatoria, lo que lo transformó en el nuevo líder del PCI —una organización que, en sus primeros años, se parecería más a una secta que a un partido de masas.

De tal manera que ni Angelo Tasca, quien había puesto el acento en el potencial revolucionario de los sindicatos, ni Antonio Gramsci, quien se había jugado por la formación de los “consejos”, asumieron el liderazgo del partido. Fue Amadeo Bordiga, quien siempre había enfatizado el papel central de la vanguardia en el proceso de destrucción del Estado burgués hacia la dictadura del proletariado, el que emergió como el líder indiscutido del partido, al menos hasta su detención en 1923.

Por cierto que el Congreso de Livorno no pudo haber tenido lugar en un momento más inoportuno. Una división había tenido lugar al interior de la izquierda italiana —lo que significaba dispersión de fuerzas— precisamente en los momentos en que el fascismo comenzaba a emerger. Como señala Cammett, “gracias a ese congreso —y a Mussolini— la izquierda italiana fue eliminada de la vida política por los próximos 22 años”<sup>82</sup>.

Tal vez el evento más decisivo de 1921, junto al congreso de Livorno, fuera el Tercer Congreso del Comintern, en el mes de junio. Conscientes de la necesidad de consolidar la Revolución Bolchevique, luego de tres años de Guerra Civil y de “acoso de las fuerzas capitalistas”, y crecientemente alarmados por los nuevos acontecimientos que se desarrollaban en Europa —uno de los cuales era el surgimiento del fascismo en Italia— el congreso hizo lo obvio: llamó a la unidad y a una acción defensiva. Junto con confirmar las diferencias insalvables con el reformismo y la socialdemocracia, dicho congreso dio prioridad a la defensa del socialismo ruso en un momento en que la ola revolucionaria que había recorrido Europa, tras el triunfo de la Revolución Bolchevique, ya se había extinguido. Todo esto resultó en la adopción de las tácticas del Frente Único.

Pero, lo que aparecía como obvio ante los ojos de los soviéticos y del Comintern, no lo era a los ojos de los comunistas italianos, los que hacía muy poco habían roto con el PSI, junto con organizarse como fuerza política autónoma. De inmediato Bordiga se opuso a las nuevas tácticas del Frente Único. En lo que toca a Gramsci, aunque algunos años después reconocería que “deberíamos haber intentado construir una alianza contra la reacción”, se unió a Bordiga, en su oposición a las tácticas de la Internacional. A decir verdad, la única respuesta positiva que encontró el Comintern en el PCI fue la del ala derechista del partido, representada por Angelo Tasca.

Ni Bordiga ni Gramsci compartieron las resoluciones del congreso de la Internacional. El partido en su conjunto se mostró proclive a la idea de un partido de clase autónomo, la vanguardia del proletariado, tras la instauración de la dictadura del proletariado. En esta perspectiva no había espacio para

<sup>82</sup> Cammett, *op. cit.*, 191.

la acción defensiva; menos para la preservación de la “democracia burguesa” —aunque sólo fuese por razones tácticas— y mucho menos para una alianza con los partidos “burgueses de izquierda” —como era el caso del PSI— cualesquiera que fuesen las condiciones nacionales e internacionales. El alma ultraizquierdista del partido, en esta etapa de su desarrollo, quedaba una vez más de manifiesto frente a decisiones como ésta.

Todos estos elementos, que tenían en común una postura de oposición a las tácticas del Frente Único, fueron expresados en las Tesis de Roma, en el Segundo Congreso del PCI, celebrado en dicha ciudad en marzo de 1922. En esencia, las tesis de Roma negaron la posibilidad de una alianza con el PSI, considerando que una decisión como esa conduciría a postergar la victoria de la izquierda. En dicho congreso se definió al PCI como la “vanguardia del proletariado”, mientras que su primera y gran tarea era vista como la necesidad de preparar al proletariado, ideológica y prácticamente, para la lucha revolucionaria tras la dictadura. Con respecto al fascismo, el PCI consideró que era una consecuencia inevitable del desarrollo del régimen, en prevención de lo cual los intereses de la burguesía “requieren que la apariencia externa de una democracia formal no sea destruida”<sup>83</sup>.

Las tesis de Roma, escritas por Bordiga y Terracini, recibieron el apoyo de Gramsci, quien favoreció la exclusión en el Frente Único tanto del Partido Socialista como del Partido Popular, por considerar que un acuerdo con ellos equivaldría a un acuerdo con la burguesía. En mayo de 1922 Gramsci partió a Moscú para representar al PCI en el Comité Ejecutivo del Comintern (permanecería allí por un período de casi dos años).

En el mes de noviembre de ese mismo año tuvo lugar el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista. Junto con confirmar su rechazo a las Tesis de Roma del PCI, confirmó su adhesión a las tácticas del Frente Único adoptadas por el Comintern. Aunque Bordiga se opuso una vez más a las mismas, en esta oportunidad Gramsci, junto a Tasca, tomó posiciones del lado de la Internacional.

Una de las consideraciones fundamentales que condujo a la Internacional a confirmar su decidido apoyo a las tácticas del Frente Único, fue precisamente lo que estaba ocurriendo en Italia con el surgimiento del fascismo. Tal fue, también, la razón invocada por Gramsci para cambiar su posición y pasar a apoyar dichas tácticas. Tal vez como ninguno otro, el teórico italiano inició por entonces una profunda reflexión sobre la verdadera naturaleza del fascismo. Ella lo llevaría, en los años venideros, a su estrategia de la Guerra de Posiciones, tal como lo veremos más adelante. De tal manera que en el surgimiento del fascismo y en las tácticas del Comintern encontramos el punto de partida para la fase más madura de las ideas de Gramsci, las que serían desarrolladas desde 1926 en adelante en los Cuadernos de la Cárcel.

<sup>83</sup> Antonio Gramsci, *Selections from Political Writings, 1921-1926* (Nueva York, International Publishers, 1978) 94 y siguientes.

Hacia fines de 1922, a Gramsci no le cupo duda alguna acerca de la necesidad de desplazar a Bordiga del liderazgo partidario. Ello, principalmente en consideración a su sectarismo y a su oposición intransigente hacia las decisiones de la Internacional. La oportunidad se presentó cuando Bordiga fue arrestado, en febrero de 1923. En junio de ese mismo año el Comité Ejecutivo del Comintern decidió la eliminación de la mayoría bordigista, facilitando de esta manera el ascenso de Gramsci, quien ya contaba con el apoyo de la mayor parte del liderazgo partidario en Italia.

Tras el arresto de Bordiga, Gramsci comenzó a preocuparse por lo que él consideró era una separación cada vez más aguda entre el PCI y la clase trabajadora, junto con enfatizar la necesidad de alianzas políticas más amplias. Sin negar el carácter del partido en cuanto vanguardia del proletariado, siempre había sostenido la idea de que el partido debía estar sólidamente enraizado en la clase trabajadora. "Nos estamos separando de las masas", escribió Gramsci a Togliatti en mayo de 1923, lo que lo condujo entre otras cosas a vislumbrar la posibilidad de una fusión con el PSI. Para los efectos de esta alianza, Gramsci tomó en cuenta principalmente las fuertes raíces del PSI en la clase obrera. "Tres años de experiencia nos han enseñado, no sólo en Italia, lo fuertemente enraizadas que están las tradiciones socialdemócratas"<sup>84</sup>. Su idea era que, a través de una fusión con el PSI, el PCI terminaría por incorporar a aquél a su propia organización, con miras a unificar la vanguardia proletaria.

Hacia los años 1923-24, Togliatti y Terracini, entre otros líderes del partido, comenzaron a tomar posiciones junto a Gramsci. Ello también significó el resurgimiento del grupo de *L'Ordine Nuovo*. Todos ellos comenzaron a reaccionar tanto en contra de la izquierda de Bordiga como de la derecha de Tasca, en consideración al "sectarismo" de aquél y a los elementos "liquidacionistas" que podían identificarse en las posiciones de este último.

Se trataba, según Gramsci, de crear las condiciones para un gran partido de masas, junto con acabar con el fraccionalismo y acercarse a las posiciones del Comintern. También Gramsci adquiriría una conciencia más lúcida acerca del verdadero significado del Movimiento de los Consejos y de cómo el fracaso de este último había contribuido a los eventos que le sucedieron en el tiempo: "sin querer serlo —señala Gramsci, en marzo de 1924— nosotros fuimos un aspecto de la disolución de la sociedad italiana"<sup>85</sup>.

Casi a mediados de 1924 Gramsci era confirmado como secretario general del PCI, más o menos en la misma fecha de su regreso a Italia. Permanecería como máximo dirigente de su partido hasta su detención, en 1926. Nos interesa destacar, de dicho período, sus ideas sobre la democracia y el fascismo, como no sea para marcar el contraste con la evolución posterior del PCI.

En efecto, Gramsci era de la idea que las instituciones democráticas no

<sup>84</sup> *Ibid.*, 139.

<sup>85</sup> *Ibid.*, 215.

estaban concebidas para la contención del fascismo, sino para la alternancia con el mismo, en un contexto de dominación burguesa. En un artículo escrito para *L'Ordine Nuovo*, en aquella época, señala que "fascismo y democracia son dos aspectos de una misma realidad"; ellos representan "una perfecta división del trabajo" al interior del sistema de dominación burguesa —tesis que había sido expuesta en el Quinto Congreso de la Internacional, en junio de 1924. Después de la Gran Guerra, continúa el mismo artículo, había quedado claro para la burguesía que no podía mantener su supremacía bajo un régimen democrático, por lo que se habría volcado hacia el fascismo como una alternativa viable: "en dos palabras —señala Gramsci— la democracia organizó al fascismo cuando sintió que no podía seguir resistiendo la presión de la clase trabajadora en condiciones incluso de una mínima libertad formal. El fascismo, a través de la represión de la clase obrera, ha devuelto a la 'democracia' la posibilidad de existir". ¿Cuál es, entonces, continúa el artículo, el servicio que el fascismo ha hecho a la clase burguesa y a la democracia? Responde diciendo que el servicio consistió en "destruir incluso el mínimo al cual el sistema democrático había sido reducido en Italia". Concluye el artículo señalando que la alternancia en el poder entre fascismo y democracia, tiene lugar simultáneamente con "la crisis general de la economía capitalista"<sup>86</sup>.

De esta manera, tenemos que tanto para Gramsci como para el PCI era ocioso que la clase trabajadora, y menos aún el representante político de la clase trabajadora, el PCI, recurrieran a las instituciones democráticas o a las "libertades burguesas" como forma de contención del fascismo, porque este último y la democracia no eran más que dos lados de una misma moneda. Sus visiones eran aún optimistas en el sentido de considerar que, en Italia, "el dilema fascismo/democracia tiende a convertirse en el dilema fascismo/insurrección proletaria"<sup>87</sup>.

Sólo en la década del treinta tanto el PCI como el Comintern vendrían a convencerse —y a establecer oficialmente, en torno a las tesis del Frente Popular— que el verdadero dilema era "fascismo o democracia". A lo más que llegó Gramsci, al menos hasta su arresto en 1926, fue a señalar la necesidad de un mayor acercamiento con el PSI y las masas de campesinos, junto con procurar reinsertar al PCI en las masas de trabajadores; todo ello, junto con ratificar su adhesión a las tácticas del Frente Único. A poco de haber sido detenido, Gramsci recordaría las palabras que Lenin había pronunciado algunos años antes, en torno a la necesidad de construir una amplia alianza contra el fascismo: "deberíamos haber construido una alianza contra la reacción"<sup>88</sup>. Era justamente sobre el tema de las alianzas que Gramsci estaba escribiendo, en su artículo *La Questione Meridionale*, cuando fue arrestado. Sólo sacando a las masas de campesinos de la hegemonía de la

<sup>86</sup> *Ibid.*, 267.

<sup>87</sup> *Ibid.*, 275.

<sup>88</sup> *Ibid.*, 380.

burguesía, y construyendo una nueva alianza con ellos, bajo la hegemonía de la clase obrera, sería posible para ésta avanzar hacia un nuevo Estado proletario, señalaba en dicho escrito.

Gramsci cayó preso en 1926 y fue sólo en 1929 cuando empezó a escribir los Cuadernos de la Cárcel; una obra destinada, como él mismo lo dijera, a durar *für ewig* (para siempre). Así también parece haberlo entendido el fiscal a cargo de su proceso, el que se hizo célebre por su conocida sentencia: “debemos impedir que este cerebro funcione por veinte años”.

Entre su detención en 1926 y la fecha señalada, el PCI había sido reducido a un pequeño núcleo de militantes trabajando en la clandestinidad. Sus miembros disminuyeron desde 6.000 en 1927, a 2.500 en 1934, el nivel más bajo de toda la historia del partido. Durante ese período (1926-1929), el hecho político tal vez más significativo estuvo constituido por el giro izquierdista de la Internacional Comunista, lo que no hizo sino acentuar aún más el aislamiento del PCI y de los partidos comunistas en el mundo entero. Las nuevas tácticas del ataque frontal al sistema capitalista y el Estado burgués estuvieron basadas en la idea de un colapso inminente de dicho sistema, lo que parecía corroborado por la gran crisis de 1929. Palmiro Togliatti, quien asumió como nuevo secretario general del partido —puesto en el que permanecería hasta 1964—, estimó que esto significaba, en la realidad de Italia, el “colapso inminente” del fascismo. Esto último difícilmente podía ser aceptado por Gramsci, quien, pese al aislamiento de la prisión, era cada vez más consciente acerca de la verdadera naturaleza del fascismo y seguía apoyando las tácticas del Frente Único.

El nuevo curso adoptado por el PCI, bajo la mano de Togliatti, condujo a la expulsión en 1929 del grupo de “los tres” —Leonetti, Tresso y Ravazzoli—, todos los cuales se habían opuesto al giro izquierdista del año 1928. Ese mismo año, y por razones similares, fue expulsado Angelo Tasca, y lo mismo sucedió con Amadeo Bordiga en 1930. Ahora sabemos —porque hubo dudas durante muchos años— que Gramsci no sólo adhirió a las tesis de “los tres”, sino que se opuso también a las nuevas tácticas del llamado Tercer Período, bajo Stalin, a partir de 1928<sup>89</sup>.

La nueva línea adoptada por el PCI significó para Gramsci sumirse en un completo aislamiento, condición en la cual escribió los Cuadernos de la Cárcel. Sólo en agosto de 1934 el PCI aceptó la idea de un Pacto de Unidad de Acción con el PSI —identificado con el “socialfascismo” en los años del giro Izquierdista. Finalmente, en 1935, en el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, se adoptaron las tácticas del Frente Popular, lo que significó pasar a una acción defensiva de tipo antifascista (y no anticapitalista) alrededor de las instituciones democráticas, buscando aliados entre todas las fuerzas democráticas opuestas al fascismo.

<sup>89</sup> Sobre los elementos que confirman esta afirmación, se puede ver Lucio Colletti, “Antonio Gramsci and the Italian Revolution”, en *The New Left Review* (65, enero de 1971) y Giuseppe Fiori, *Antonio Gramsci: Life of a Revolutionary* (Londres, NLB, 1970), 253 —esta es, tal vez, la mejor biografía disponible sobre Antonio Gramsci.

De Gramsci sabemos que adhirió a las tácticas del Frente Único, adoptadas en el tercer y cuarto congresos de la Internacional, y al proceso de "bolchevización" acordado en el Quinto Congreso del Comintern. Ahora también sabemos de su oposición al giro izquierdista adoptado por la Internacional en el Sexto Congreso de 1928. Sin embargo, nunca sabemos de su posición frente a las tácticas del Frente Popular adoptadas en el Séptimo Congreso de 1935. A esas alturas Gramsci ya se encontraba gravemente enfermo y un año después fallecía. Lo que sí sabemos de esta etapa de la vida de Gramsci es que su trabajo teórico tendría efectos perdurables no sólo para el PCI, sino para el marxismo de Occidente en general. Tal vez sea este el aspecto más interesante de los Cuadernos de la Cárcel, por lo que brevemente nos referiremos a él.

Su reflexión comenzó sobre la base de una continuación de sus notas sobre *La Questione Meridionale*. Gramsci siempre había estado interesado en el papel de los intelectuales y de cómo éstos habían sido capaces, en el sur de Italia, de obtener el "consentimiento activo" de los campesinos, de manera de asegurar la hegemonía de los grandes terratenientes. El teórico italiano distinguía, a este respecto, entre dos tipos de intelectuales: los tradicionales, que presentaban un cierto nivel de autonomía frente a una clase determinada y cuya presencia se hacía necesaria para los efectos de asegurar la continuidad de la cultura, y los intelectuales orgánicos, que cada clase creaba para sí, dándole a ella una homogeneidad y una conciencia de su propia función, junto con permitirle ganar el consentimiento activo de una determinada clase social. De este último tipo era el partido político (El Príncipe Moderno, según la expresión de Gramsci), en cuanto instrumento de una clase social determinada.

Los intelectuales eran considerados por Gramsci como pertenecientes a la superestructura de la sociedad; esto es, a su nivel de mediación. En ese nivel se ubicaban también la sociedad civil (el nivel de "hegemonía") y la sociedad política (el nivel de "dominación directa"). Los intelectuales actuaban como representantes o funcionarios de los grupos dominantes a este nivel superestructural, el que comprendería tanto "el consentimiento espontáneo dado por las grandes masas" como "el aparato de poderes coercitivos del Estado"<sup>90</sup>.

Todo esto implicaba para la clase trabajadora, en alianza con los campesinos, la necesidad de conquistar ideológicamente a los intelectuales tradicionales, junto con producir sus propios intelectuales orgánicos (como era el caso del PCI). La concepción que animaba a este nuevo grupo social (la clase trabajadora), estaba dada por la "filosofía de la praxis" (el marxismo): un nuevo *weltanschauungen*, que es "suficiente en sí mismo"; una nueva cultura que es "el punto de coronación de todo el movimiento de reforma

<sup>90</sup> Antonio Gramsci, *Selections From the Prison Notebooks*, editado y traducido por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith (New York, International Publishers, 1971), 12. En adelante nos referiremos a este libro como "Cuadernos de la Cárcel".

moral e intelectual”, y que “está comenzando a ejercer su propia hegemonía sobre la cultura tradicional”<sup>91</sup>.

Es posible notar, a estas alturas, que Gramsci se ha situado enteramente a un nivel superestructural, lo que produce un distanciamiento claro respecto del marxismo ortodoxo, o “versión vulgarizada” del marxismo, como Gramsci la designara: “la pretensión —señala el comunista italiano— presentada como un postulado esencial del materialismo histórico, de que toda fluctuación en la política y la ideología aparece como una expresión inmediata de la estructura, debe ser considerada en teoría como un infantilismo primitivo”<sup>92</sup>. En cambio, Gramsci pensaba que entre la estructura y la superestructura había una necesaria reciprocidad, como un todo, en unidad dialéctica. Gramsci siempre rechazó la idea de la superestructura como un epifenómeno de la estructura económica.

Junto con ubicarse en el nivel de la superestructura (el nivel de la política, la ideología, la cultura, los intelectuales) y relevar su importancia, Gramsci señala que, en las sociedades occidentales, la supremacía de un grupo social se manifiesta de dos maneras: como dominación (poder coercitivo del Estado) y como hegemonía (dirección moral e intelectual) —ambos corresponderían a la perspectiva dual del Centauro de Maquiavelo: mitad animal, mitad humano (fuerza y consentimiento). En un sentido amplio o integral, el Estado comprendería a ambos niveles: el de la dominación (sociedad política) y el de la hegemonía (sociedad civil); en otras palabras, el Estado sería “la hegemonía protegida por la armadura de la coerción”<sup>93</sup>.

La conclusión que Gramsci implícitamente extrae de estas consideraciones —en el centro de las cuales encontramos el elemento consensual característico de las sociedades occidentales— es tal vez aún más importante: en Occidente, si una revolución ha de triunfar, no debe concentrarse sólo en la mera conquista del Estado (nivel de dominación, en sentido estricto), sino en la conquista de la sociedad civil (nivel de hegemonía). Esta sería, en efecto, la gran diferencia entre el Este y las sociedades de Occidente: “En Rusia el Estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente (...) el Estado es sólo una trinchera avanzada detrás de la cual se levanta un sistema poderoso de fortalezas y terraplenes”<sup>94</sup>. En otras palabras: si en Rusia el Estado lo era todo y el poder estaba concentrado en ese nivel, entonces la revolución habría tenido éxito al momento de la conquista del Estado (el Asalto del Palacio de Invierno). Este no era el caso de Occidente, donde el Estado aparecía sólo como una “trinchera avanzada” detrás de la cual se levantaba una poderosa sociedad civil —el poder residiría a la vez en los niveles de dominación y hegemonía.

Esta era, según Gramsci, la diferencia entre ambos tipos de sociedades, en lo que concierne a la relación entre la sociedad civil y la sociedad política.

---

<sup>91</sup> *Ibíd.*, 381 y siguientes.

<sup>92</sup> *Ibíd.*, 407.

<sup>93</sup> *Ibíd.*, 263.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, 238.

Podría decirse también, aunque el propio Gramsci tal vez lo negaría, que esta es también la diferencia entre Gramsci y Lenin, por mucho que aquél reconociera en este último una influencia que probablemente excedía la que efectivamente tuvo. Como señala Pellicani, “mientras Lenin teorizó la conquista de la sociedad a través de una conquista violenta del Estado, Gramsci propuso el procedimiento inverso: la conquista del Estado a través de la ocupación cultural de la sociedad”<sup>95</sup>.

Es por ello, concluye Gramsci, que una revolución del tipo bolchevique no había tenido éxito en Occidente, ni podría tenerlo. Las jornadas revolucionarias de 1830, 1848 y 1870, y la propia ola revolucionaria que recorrió Europa a partir de 1917 (como lo demostraba el fallido Movimiento de los Consejos en Turín), así parecían demostrarlo. En otras palabras, la estrategia consistente en el ataque frontal al Estado (Guerra de Maniobras) era una estrategia equivocada. Sólo una alternativa que apuntara a la ocupación cultural, al ejercicio de un verdadero liderazgo (hegemonía) al interior de la sociedad civil, podría tener éxito; tal era el caso, según Gramsci, de la Guerra de Posiciones, una estrategia de “asedio” y no de asalto o toma del poder; una estrategia que demandaba “una concentración sin precedente de hegemonía” pero que, “una vez ganada, lo es en términos definitivos”<sup>96</sup>.

Estas fueron, pues, algunas de las reflexiones de Gramsci desde la cárcel. Aunque su condena expiró el 21 de abril de 1937, no alcanzó a reincorporarse a una actividad normal, en una Italia que ya llevaba años bajo la dictadura fascista. Su salud, precaria a lo largo de toda su vida, no se lo permitió. Falleció el 27 de abril, a los pocos días de abandonar la prisión.

Estimamos que el aporte teórico de Gramsci reside, no tanto en sus reflexiones sobre la democracia —en las que hay poco que rescatar—, sino en sus reflexiones sobre la verdadera naturaleza del poder en las sociedades occidentales, lo que lo lleva a descartar para estas últimas una revolución del tipo bolchevique.

¿Dónde reside el poder? Esta pareciera ser una cuestión fundamental de toda teoría revolucionaria, y es aquí donde se encuentra el gran aporte de Gramsci. Hasta entonces, en la izquierda en general, tanto en la vertiente socialdemócrata como en la leninista, había existido un marcado interés por el Estado, en cuanto forma o instrumento de dominación. Para ambas corrientes el punto era la conquista del Estado, en el primer caso al interior de un marcado reformismo, en un largo proceso hacia el socialismo, y en el segundo, a través de una estrategia de ataque frontal, o de toma por asalto del Estado. De este último tipo había sido la Revolución Bolchevique, a partir de la estrategia basada en la Guerra de Maniobras.

El punto para Gramsci es que esta estrategia estaría condenada al fracaso en Occidente, por cuanto en las sociedades occidentales el poder no reside

<sup>95</sup> Luciano Pellicani, *Gramsci: an Alternative Communism?* (Stanford, California, Hoover Institution Press), 4.

<sup>96</sup> *Ibid.*, 239.

directamente en el Estado, el que sólo es una "trinchera avanzada" del poder real, sino en la sociedad civil y sus instituciones, que son la verdadera "fortaleza" que se esconde detrás de esa trinchera que es el Estado.

Este sería, en apretada síntesis, uno de los principales aportes teóricos y estratégicos de Gramsci, en torno a la naturaleza del poder, y a las posibilidades abiertas a la acción revolucionaria en las sociedades occidentales: sólo una gran concentración de hegemonía podría dar lugar a un nuevo Estado proletario.

### *El Fantasma del Fascismo y el "compromiso histórico"*

Veintidós años de fascismo enseñaron al PCI —y a la sociedad italiana en general— que el verdadero dilema por resolver era entre "dictadura o democracia". El temor a una regresión autoritaria y la necesidad consciente de defender y ampliar la democracia han llevado al PCI, en el período de posguerra, a buscar un "compromiso histórico" entre fuerzas progresistas y democráticas. La primera experiencia en la dirección señalada tuvo lugar entre 1944 y 1947, bajo el gobierno tripartito nacional de reconstrucción democrática formado por el PDC, el PCI y el PSI. El segundo intento, menos exitoso que el anterior, tuvo lugar en la década de 1970, bajo Enrico Berlinguer y el eurocomunismo, en la búsqueda de un segundo compromiso histórico. El advenimiento de la Guerra Fría en el primer caso, y el asesinato de Aldo Moro en el segundo, frustraron los intentos del PCI por permanecer como un *partito di governo*.

Pese a lo anterior, y en relación al tema central de este libro, el PCI ha experimentado una marcada evolución en lo que se refiere a su visión de la democracia política. En el período de posguerra el partido pasó desde una valoración meramente táctica de la democracia, bajo las tesis del Frente Popular, a una valoración estratégica, expresada en la Vía Italiana al Socialismo (en ambos casos bajo el liderazgo de Palmiro Togliatti); finalmente, bajo Enrico Berlinguer y el eurocomunismo, y de allí en adelante, la democracia política ha llegado a ser considerada como inseparable del socialismo. Es al estudio de este proceso que dedicaremos esta segunda parte, para culminar con algunas reflexiones acerca de la actual encrucijada en que se encuentra el PCI.

Bajo el Movimiento de la Resistencia, organizado en torno a los Comités de Liberación Nacional (CLN), la militancia del PCI experimentó un crecimiento impresionante, pasando de 6.000 miembros en 1943, a 500.000 en 1944. Si tenemos en cuenta que veinte años de clandestinidad bajo el fascismo crean una cierta propensión natural hacia el uso de la fuerza —lo que incluso llevó a algunos miembros de los CLN a recurrir a acciones guerrilleras— debe concederse al liderazgo del PCI, y más específicamente al propio Togliatti, el crédito de haber contribuido, junto a otras fuerzas, al exitoso establecimiento de una república democrática en Italia, en el período de posguerra.

En julio de 1943, el Rey de Italia removió a Mussolini de su cargo,

formándose un gobierno monárquico-militar, dirigido por el Mariscal Badoglio. Ese mismo mes, las fuerzas aliadas desembarcaron en Sicilia, iniciando el proceso de liberación en Italia. Durante aquellos años, los soviéticos actuaron con cautela a fin de privilegiar el papel de las fuerzas aliadas por sobre cualquier otra consideración y abstenerse, al mismo tiempo, de cuestionar la posición del Rey de Italia. En 1943, el Comintern se disolvió, y en marzo de 1944 la Unión Soviética reconoció al gobierno del Rey.

Ese mismo mes, en la famosa *svolta di Salerno*, Togliatti urgió al PCI a posponer “la cuestión institucional” (monarquía versus república) para después de la guerra, llamando a una colaboración con el gobierno del Rey. En abril de 1944, en Nápoles, en su primera reunión con militantes del partido, tras casi veinte años de exilio, Togliatti postuló la unidad de todas las fuerzas democráticas y un contacto más estrecho entre el PCI y las masas de trabajadores, lo que se hacía especialmente necesario después de veinte años de dictadura fascista.

Según Togliatti, el PCI debía llegar a ser el partido de la clase obrera, a la vez que identificarse con los intereses de la nación. El objetivo era construir una “democracia sólida” que pudiera impedir el acceso al poder del fascismo y las viejas fuerzas de la reacción. El interés nacional debía prevalecer por sobre cualquier otra consideración y, para ello, debía conformarse un frente de fuerzas nacionales, antifascistas y democráticas. Esto último, a su vez, exigía la realización de profundas transformaciones al interior del PCI: “la naturaleza del partido —según el líder comunista— debe sufrir un cambio profundo (...) No podemos seguir siendo una pequeña y cerrada asociación de propagandistas de las ideas generales del comunismo y el marxismo”. Por lo tanto, debía formarse un gran partido de masas que marchara “junto a nuestros amigos y hermanos socialistas” y que, a la vez, buscara coincidencias con las masas campesinas católicas; todo ello con miras a la creación de un régimen democrático y progresista en Italia que pudiera defenderse “con todas las armas disponibles de cualquier intento de resurgimiento del fascismo y la reacción”<sup>97</sup>.

Estos planteamientos constituían la esencia de la posición de Togliatti hacia 1944. En junio de ese mismo año se firmó el Pacto de Roma entre las principales fuerzas democráticas antifascistas y se creó la CGIL (Confederación General Italiana del Trabajo), marcando así el comienzo de una era de compromiso y colaboración entre comunistas, socialistas y demócrata-cristianos. En octubre, Togliatti confirmó su postura en un discurso pronunciado en Florencia, subrayando la necesidad de superar totalmente el aislamiento en que el partido había actuado después del Congreso de Livorno. Según Togliatti, el PCI debía convertirse en un partido de masas y de carácter nacional, un partido de gobierno y de la clase trabajadora. Comunistas, socialistas y católicos debían unirse en torno a la recientemente formada

<sup>97</sup> Palmiro Togliatti, *On Gramsci and Other Writings*, editado por Donald Sassoon (Londres, Lawrence and Wishart, 1979), 29 y siguientes.

CGIL; la colaboración con el PSI debía conducir a la fusión de ambos partidos, a la vez que la alianza con el PDC debía fortalecerse, tomando en cuenta que amplias masas de trabajadores integraban dicho partido en la situación concreta de un país con un gran componente católico. Todo lo anterior con miras al objetivo de destruir totalmente el fascismo, y de crear una república democrática<sup>98</sup>.

Finalmente, la posición de Togliatti en favor de una "democracia progresista", como una etapa intermedia en el camino hacia el socialismo, se impuso en el seno del partido, especialmente en relación a los elementos, tanto de la militancia como de la Vieja Guardia, formados en los rigores del Movimiento de la Resistencia, los que demandaban un retorno a la lucha de clases y que veían que se perdía en este período una oportunidad para avanzar hacia la revolución. Como señala Di Palma, el PCI "optó por una estrecha colaboración con los demócratacristianos por sobre la opción de la Resistencia"<sup>99</sup>.

Las divisiones dentro de la clase obrera y de las fuerzas democráticas, que en su momento habían facilitado el advenimiento del fascismo, debían evitarse a cualquier costo. El éxito de la estrategia de Togliatti lo demuestra el impresionante crecimiento de la militancia del partido: de 500.000 miembros en 1944, el PCI pasó a tener 1,7 millones en 1945 y alrededor de 2.2 millones de militantes en 1947.

El gran debate entre 1944 y 1947, además del tema de la reconstrucción económica y la necesidad de una desfascistización generalizada, giró en torno al tema de la nueva Constitución, en favor de la cual el PCI había acordado posponer la "cuestión institucional" en 1944. El tema fue resuelto finalmente en el referéndum de junio de 1946. Por un estrecho margen de 12,7 millones sobre 10,7 millones de votos, se estableció la república, aboliéndose la monarquía. Tal como se había acordado previamente, se eligió una Asamblea Constituyente para redactar la nueva Constitución, la que fue aprobada finalmente a fines de 1947. Una demostración adicional del crecimiento experimentado por la izquierda en su conjunto y por el PCI en particular, la encontramos en la elección de la Asamblea Constituyente, donde el PCI, junto con el PSI, obtuvieron un 39,6% de los sufragios, contra un 35,2% de los demócratacristianos.

Una vez resuelta la "cuestión institucional" mediante el establecimiento de lo que era considerado como una república progresista, Togliatti continuó en la tarea de definir las alianzas sociales que eran vistas como necesarias en cuanto complemento de las alianzas políticas que se habían establecido con socialistas y demócratacristianos. Aunque estaba claro para él, siguiendo a Gramsci en éste y otros puntos, que el núcleo de toda alianza social lo constituía la alianza entre obreros y campesinos, Togliatti incluía también a

<sup>98</sup> *Ibid.*, 67 y siguientes. Sobre el legado del fascismo en la sociedad y política italianas, se puede ver Giuseppe di Palma, "Italy: Is There a Legacy and Is It Fascist?", en John H. Herz (compilador), *From Dictatorship to Democracy: Coping with the Legacies of Authoritarianism and Totalitarianism* (Westport, Conn., Greenwood Press, 1982).

<sup>99</sup> Di Palma, *op. cit.*, 114.

los católicos y sectores medios, teniendo en consideración que ambos eran una parte importante de la sociedad italiana y que el partido debía estar presente dondequiera que se encontraran las masas de trabajadores.

En un discurso pronunciado en septiembre de 1946, Togliatti argumentaba que era un error afirmar que existía incompatibilidad entre los sectores medios, compuestos por diversos y numerosos grupos, y el Partido Comunista. Un estrecho contacto entre ambos era especialmente necesario, toda vez que Italia no estaba aún preparada para realizar transformaciones basadas en principios socialistas y comunistas; de esta manera, “el mediero y el inquilino, los parceleros, los pequeños empresarios, comerciantes, artesanos, pequeños contratistas y los intelectuales, entre otros, deberían ser bienvenidos al partido”<sup>100</sup>.

Algo similar puede decirse respecto del mundo católico. Algunos años antes, Gramsci había argumentado que “los socialistas deben reconocer que el Vaticano era una realidad en Italia, que el catolicismo era una fuerza política real”<sup>101</sup>. En marzo de 1947, Togliatti argumentaba en un sentido similar señalando que esa situación no se daba sólo en Italia, sino también en el seno del PCI: “En nuestro partido también hay católicos, y pienso que son la mayoría”<sup>102</sup>. De este modo, debía prestarse una nueva y especial atención al mundo católico en el seno de la sociedad italiana.

Podría replicarse inmediatamente que estos argumentos respondían a consideraciones meramente tácticas, en un contexto de reconstrucción política y económica en el cual la unidad nacional y la creación de un amplio consenso aparecían como las preocupaciones fundamentales. No obstante, como veremos, tanto Togliatti como el PCI atribuían a estas cuestiones al menos una dimensión estratégica. Por otra parte, estas políticas comenzaron a transformar al propio partido en una organización bastante heterogénea, reflejo a su vez del pluralismo de la sociedad italiana. Las opciones adoptadas por el PCI en los años inmediatamente posteriores a la guerra no eran únicamente sacrificios o concesiones demandados por requerimientos de corto plazo del proceso de reconstrucción, sino que estaban destinadas a crear un partido de nuevo tipo (un *partito nuovo*), con una dimensión estratégica y con implicancias ideológicas de un mayor alcance.

La participación del PCI en el gobierno nacional tripartito terminó en mayo de 1947 como resultado de la nueva situación creada en el plano internacional con el advenimiento de la Guerra Fría. La expulsión de los comunistas del gobierno de De Gasperi señaló el fin del primer Compromiso Histórico entre las fuerzas democráticas progresistas —ese período siempre ha sido considerado por el PCI como los años dorados del período de posguerra. El inicio de las tensiones de la Guerra Fría condujo al PCI y a Togliatti a cerrar filas con la URSS y a postergar la Vía Italiana por lo menos

<sup>100</sup> Peter Lange y Maurizio Vannicelli (compiladores), *The Communist Parties of Italy, France and Spain: Postwar Change and Continuity* (Cambridge, George Allen and Unwin, 1981), 109.

<sup>101</sup> Cammett, op. cit., 131.

<sup>102</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 110.

hasta 1956. Durante los años cincuenta el PDC gobernó prácticamente solo, a través de la fórmula conocida como "centrismo", mientras Italia experimentaba un proceso de importante crecimiento económico dentro de un esquema de desarrollo capitalista.

Por lo menos hasta 1956, cuando el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) confirmó la viabilidad de la Vía Italiana al Socialismo formulada por Togliatti, el PCI adoptó una postura defensiva de oposición crítica y constructiva. De esta forma, la nueva era de confrontación a nivel internacional no llevó al PCI a una posición anti-sistema. Junto con procurar la mantención de un difícil equilibrio entre sus lealtades y compromisos externos e internos, el PCI trató de mantener viva la Vía Italiana intentando diversos tipos de alianzas sociales y políticas, aunque con escaso éxito.

Los años 1947 y 1948 rubricaron la consolidación de la nueva era de la Guerra Fría. En septiembre de 1947, se formó el Cominform, acusándose a Togliatti y al PCI por su oportunismo y parlamentarismo, recurriéndose así, una vez más, a la retórica tradicional de la Internacional Comunista. En diciembre de 1948 se formó la OTAN: la política internacional cayó en la "lógica de bloques", lo que hizo extremadamente difícil el seguimiento de las "vías nacionales" por parte de los partidos comunistas.

En Italia, De Gasperi y el PDC experimentaron un giro más bien derechista y pronorteamericano, en tanto que la Iglesia, bajo Pío XII, se volvía crecientemente anticomunista. Por otra parte, de una división del PSI resultó la creación del Partido Social Demócrata, bajo el liderazgo de Giuseppe Saragat, brindando así un nuevo respaldo político a los demócratacristianos. Durante los años cincuenta, republicanos, liberales y socialdemócratas apoyaron al PDC, mientras que el PCI buscaba conformar una alianza política con el PSI y una alianza social que comprendiera a las fuerzas sociales consideradas como enemigas de los grandes monopolios. Sin embargo, mientras que el PDC tuvo éxito, el PCI fracasó en el cumplimiento de sus objetivos. La división de la CGIL, a fines de los años cuarenta, y el fracaso en la conformación de una poderosa alianza permanente con el PSI, que eventualmente condujera a un gobierno de coalición, llevó al PCI a un aislamiento mayor.

En abril de 1948, el PDC obtuvo un impresionante 48% de los votos (comparado con un 35,2% en 1946), mientras que el PCI y el PSI juntos obtuvieron sólo un 31% (comparado con un 39,6% en 1946). Las tensiones del período de la Guerra Fría llevaron al PDC a ocupar una cómoda posición de poder, mientras la economía experimentaba un proceso de prosperidad sin precedentes, sumiendo al PCI en un aislamiento aún mayor. Debe reconocerse, sin embargo, que este último se mantuvo durante todos esos años en una postura de oposición constructiva, actuando dentro del sistema, tratando al mismo tiempo de mantener viva la Vía Italiana.

Fue con la muerte de Stalin, en 1953, que se abrió la posibilidad de revivir la Vía Italiana. Lo anterior se vio reforzado aún más en 1956, cuando el Vigésimo Congreso del PCUS admitió la posibilidad de vías nacionales, e

incluso pacíficas, al socialismo. Lo anterior creó las condiciones para el nuevo proceso de coexistencia pacífica a nivel internacional y el “policentrismo” en el mundo socialista, los cuales recibieron un impulso en los años sesenta, con consecuencias de vasto alcance para el desarrollo posterior del comunismo italiano y europeo.

Hay que aclarar, sin embargo, que estos nuevos desarrollos no condujeron inmediatamente a la posición más autónoma que el PCI, bajo el liderazgo de Enrico Berlinguer, adoptaría en los años setenta. En la misma época en que se realizaba el Vigésimo Congreso del PCUS y se disolvía el Cominform, Togliatti y el PCI respaldaban la invasión soviética a Hungría, en 1956. Ello no impidió, sin embargo, el resurgimiento de la Vía Italiana. En una entrevista de julio de 1956, Togliatti, junto con manifestar una fuerte crítica al estalinismo y al Culto a la Personalidad, sobre cuyas bases se habían cometido tantos errores, señalaba que “todo el sistema está llegando a ser policéntrico e incluso en el interior del Movimiento Comunista no podemos hablar de una dirección única, sino más bien de progresos realizados mediante el uso de caminos a menudo diferentes”<sup>103</sup>.

En su cuenta política al Octavo Congreso del PCI, en diciembre de 1956, Togliatti argumentaba que la Vía Italiana no era un asunto táctico, sino que “la forma misma en que el problema de la revolución socialista se presenta en la realidad”. Togliatti argumentaba—sin negar, sino más bien enfatizando el papel del partido como vanguardia del proletariado y la necesidad histórica de la dictadura del proletariado, cualesquiera que fuesen las contradicciones existentes— que la Vía Italiana consistía en la lucha por reformas estructurales, que no correspondían al socialismo propiamente tal sino que “abrían el camino para el avance hacia el socialismo”. Esta lucha, postulaba Togliatti, tenía lugar en el marco de la Constitución democrática: “permítasenos ver en las normas de la vida democrática y constitucional no un obstáculo sino una base de apoyo para la edificación del socialismo”. Subrayando el compromiso democrático del PCI, Togliatti señalaba: “hemos conquistado el terreno de la democracia para ir más allá de ella, hacia el socialismo”<sup>104</sup>. Esta era la esencia del pensamiento de Togliatti en relación a la Vía Italiana, la que era considerada por él como un camino revolucionario y no uno de tipo reformista, y que exigía la formación de un amplio frente de fuerzas sociales y políticas.

Gran parte de estas ideas se incorporó a la *dichiarazione programmatica* del PCI, en su Octavo Congreso (1956). No obstante utilizar una vez más buena parte de la retórica tradicional del comunismo internacional (la doctrina marxista-leninista, las “contradicciones internas” del desarrollo capitalista conducentes a su colapso, la condición de la URSS como el “primer gran modelo” de sociedad socialista y la necesidad de la dictadura del proletariado, entre otros), el Congreso admitió la existencia de diferentes caminos hacia

<sup>103</sup> Togliatti, op. cit., 141.

<sup>104</sup> *Ibid.*, 33.

el socialismo y la viabilidad de la Vía Italiana. El núcleo de esta última, según el documento, se encontraba en la constitución republicana, la que no se limitaba a un mero reconocimiento formal de los derechos democráticos, sino que también reconocía “de una manera concreta el derecho de los trabajadores a asumir la conducción del Estado”. Las reformas estructurales, por su parte, serían introducidas dentro de los límites de la Constitución y no fuera de ésta: “es por esta razón que el Partido Comunista ha declarado desde un comienzo que no ve en la Constitución republicana una simple oportunidad para la utilización de los instrumentos de la democracia burguesa hasta llegado el momento de la insurrección armada en pos de la conquista del Estado y de su transformación en un Estado socialista, sino un pacto de unidad acordado por la gran mayoría del pueblo italiano e instituido como base para el desarrollo orgánico de la vida de la nación para todo un período de la historia”<sup>105</sup>. Es esta dimensión estratégica de la Vía Italiana la que queremos subrayar, como opuesta a la dimensión meramente táctica del Frente Popular, en los años treinta.

En este tipo de documentos, pues, hallamos los dos pilares fundamentales de la Vía Italiana, al menos en la concepción de Togliatti: la idea de las reformas estructurales que tienen lugar dentro de la Constitución republicana y no fuera de ella —reformas que no correspondían al socialismo propiamente tal, sino que abrían el camino hacia el socialismo. Todo ello dentro del marco de la Constitución republicana, la que era vista por los comunistas italianos como el mayor logro bajo el primer Compromiso Histórico. Junto con esta dimensión, Togliatti procuraba, en forma más o menos exitosa, reconciliar la Vía Italiana con su lealtad hacia la URSS, manteniendo así un difícil equilibrio entre ambas lealtades, externa e interna.

El éxito de este esfuerzo, empero, dependía en gran medida de las condiciones internacionales. En los años sesenta, con la atenuación de las tensiones de la Guerra Fría y el inicio de la *détente*, se abrieron nuevas posibilidades para el desarrollo de la Vía Italiana. De hecho, podía establecerse una relación inversamente proporcional entre la “lógica de los bloques” y la viabilidad de “vías nacionales”<sup>106</sup>; en diversas ocasiones, la intensificación del clima de la Guerra Fría dificultaba el desarrollo de las “vías nacionales”; por el contrario, un relajamiento de dichas tensiones fortalecía más aún las perspectivas de estas últimas (como sucedía con la Vía Italiana). Adicionalmente, el conflicto sino-soviético de comienzos de los años sesenta creaba nuevas bases para el policentrismo, cuestionando así la idea de una dirección y un rumbo únicos al interior del movimiento comunista internacional.

A comienzos de la década de 1960, Togliatti se mostraba preocupado por la persistencia en la caída del número de militantes del partido, el que bajó

<sup>105</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 38.

<sup>106</sup> Para un análisis interesante sobre este punto, se puede ver Donald Sassoon, *The Strategy of the Italian Communist Party: from the Resistance to Historic Compromise* (Nueva York, St. Martin's Press, 1981).

de 2,1 millones en 1954 a 1,7 millones en 1961. En esas condiciones, el líder comunista llamó al fortalecimiento de la base social del partido, como forma de revertir esta tendencia. Entre otras cosas, ello implicaba la búsqueda de un acuerdo con el mundo católico, considerando que éste ejercía una influencia significativa sobre la clase obrera y una parte importante de la población agrícola y los sectores medios. Esta política apuntaba también a la conquista de los elementos más progresistas dentro del PDC.

Este proceso de apertura también significó una clarificación acerca del tipo de socialismo que el PCI postulaba, y de su relación con la democracia. Así, Togliatti sostuvo que “existe un vínculo indestructible entre la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo (...). La dictadura a la que nosotros nos referimos es algo bastante diferente; se trata, en verdad, de una extensión de la democracia”<sup>107</sup>. Cualquiera que fuere el carácter *sui generis* de dicho concepto, lo cierto es que no se volvió a hablar de dictadura del proletariado en la década de 1960. En un informe al Décimo Congreso del PCI (1962), no obstante admitir que sería ingenuo e inútil limitar la lucha por el socialismo a la competencia electoral, esperando conquistar el 51% de los votos, Togliatti postulaba un proceso de desarrollo gradual hacia el socialismo, dirigido a la transformación del Estado mediante un avance de “naturaleza política”<sup>108</sup>. Este punto fue incorporado en las resoluciones del Décimo Congreso partidario en el sentido de que las transformaciones debían ocurrir dentro de la Constitución.

El hecho fue, sin embargo, que a pesar de las nuevas condiciones internacionales favorables y la moderación de la retórica del PCI, el PDC se las arregló para incluir al PSI en la nueva coalición de gobierno que se formó en 1963. La nueva coalición de centro-izquierda proponía la introducción de reformas estructurales, condición bajo la cual los socialistas se habían incorporado a la coalición de gobierno.

En 1964 murió Togliatti, siendo reemplazado en los años siguientes por Luigi Longo, como solución provisional, y luego por Enrico Berlinguer. El último documento de Togliatti fue el famoso Memorandum de Yalta, emitido en agosto de 1964. En dicho documento, no obstante alinearse junto a los soviéticos en su conflicto con los chinos —señalando empero que los últimos no debían ser excluidos del movimiento comunista internacional—, Togliatti realizaba una aguda crítica a la URSS. Consideraba que el problema del estalinismo no podía considerarse resuelto y que era insuficiente explicar el fenómeno sobre la base de los graves defectos personales de Stalin. Según Togliatti, con respecto a la URSS y los países socialistas, el problema al que debía prestarse la mayor atención era el de eliminar las limitaciones y la supresión de las libertades democráticas y personales establecidas por Stalin. Esto último tenía una justificación aún mayor considerando que el “cerco capitalista” —utilizado en el pasado para justificar dichas limitacio-

<sup>107</sup> Lange y Vannicelli. op. cit., 38.

<sup>108</sup> *Ibid.*, 39.

nes— ya no existía. En relación a la situación política italiana, Togliatti confirmaba la posibilidad de una vía pacífica a través de reformas estructurales. Ello demandaba un nuevo esfuerzo hacia las masas católicas, especialmente tras el viraje progresista del catolicismo, bajo el Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. Por otra parte, no sólo debía establecerse claramente el contenido democrático de la Vía Italiana, sino que los partidos comunistas deberían pasar a una posición más autónoma, oponiéndose, por lo tanto, a la creación de “una nueva organización internacional centralizada”<sup>109</sup>. Esta era la esencia del Memorandum de Yalta, considerado por el PCI como el testamento de Togliatti.

El partido tomó las palabras de Togliatti no sólo en el sentido de asumir una primera postura crítica frente a la URSS —la que se habría de profundizar en los años siguientes—, sino también para señalar la necesidad de una nueva alianza política en Italia, entre fuerzas progresistas. Pocos meses después, en octubre de 1965, en su Decimoprimer Congreso, el PCI denunció el fracaso de las reformas proyectadas por el gobierno de centro-izquierda, postulando, al mismo tiempo, una nueva unidad, más amplia y sólida, de todas las fuerzas democráticas. El partido, en ese entonces, apelaba a las masas católicas más que al PDC, considerando que éste había gobernado durante un largo período en interés de la burguesía y que estaba profundamente vinculado con la estructura capitalista y con las fuerzas económicas dominantes.

Es posible especular que tras estas declaraciones estaba presente la frustración por la imposibilidad de constituir una alianza con el PSI y por la formación de la coalición de centro-izquierda —fenómenos que habían empujado nuevamente al PCI a un aislamiento relativo, a pesar de las nuevas condiciones favorables en el plano internacional. Sin embargo, en un sentido positivo, confirmaba la vigencia de la Vía Italiana, lo que era facilitado por el proceso de *détente*.

A fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, dos nuevos desarrollos en la política italiana llegaron a adquirir especial relevancia: las críticas dirigidas al PCI, provenientes tanto desde el interior de la izquierda como desde el propio partido, y la crisis de la coalición de centro-izquierda y de la sociedad italiana en general, lo que condujo a una derechización del PDC. El primer fenómeno llevó a la consolidación de Enrico Berlinguer en el liderazgo del partido, lo que, junto al segundo fenómeno, allanó el camino para la búsqueda de un nuevo Compromiso Histórico entre las fuerzas comunistas, socialistas y demócratacristianas, a lo largo de la década de 1970. Siguiendo el tradicional alineamiento al interior del PCI desde los años veinte, en la segunda mitad de la década de 1960, el partido estaba dividido entre la derecha, bajo el liderazgo de Giorgio Amendola y la izquierda, conducida por Pietro Ingrao. Longo y Berlinguer encabezaban la tendencia centrista, representada antes por Togliatti y, antes que él, por el propio Gramsci. Las

<sup>109</sup> Togliatti, op. cit., 286.

críticas hacia el PCI no sólo provenían de la Nueva Izquierda que surgía en los años sesenta, tanto en Europa como en otras partes del mundo, sino también, en los años setenta, desde las Brigadas Rojas, en la extrema izquierda, y desde el interior del propio partido. Era este el caso del izquierdismo de Ingrao y del grupo formado por sus partidarios —*Il Manifesto*— tras su derrota en el Decimoprimer Congreso del partido, en 1966.

En cierta forma, los eventos de 1968 concordaban con los planteamientos igualitarios, espontáneos y antijerárquicos del Movimiento de los Consejos del *biennio rosso* (1919-1920), pero teniendo ahora a un PCI bastante institucionalizado; un partido que, a diferencia de los años veinte, buscaba compromisos dentro del sistema, especialmente dirigidos a precaver una asonada derechista proveniente de las fuerzas fascistas. Así, no debe extrañarnos que esta Nueva Izquierda citara a Gramsci, mientras el liderazgo del partido realizaba esfuerzos significativos por apropiarse de las ideas del teórico italiano para sus propios objetivos políticos. Una vez más, Gramsci estaba en el centro de la controversia.

Como destaca Amyot, “la izquierda de Ingrao quería que el PCI adoptara el socialismo como su objetivo inmediato y no como una fase intermedia, según estaba expresado en la tesis de la “democracia progresista”<sup>110</sup>. El punto de partida en el proceso de formación del sector de izquierda de Ingrao, a comienzos de los años sesenta, había sido la comprobación de que el “milagro económico” de la década de 1950, bajo el liderazgo del PDC y la presencia de los grandes monopolios, lejos de conducir hacia un estancamiento habían redundado en una mayor prosperidad. En ese contexto, según Ingrao, las críticas del PCI debían dirigirse al papel de las grandes corporaciones.

Por otra parte, una creciente cesantía a comienzos de los años sesenta, había producido una nueva ola de descontento en el seno de la clase obrera, llevando a esta última a ubicarse cerca del PCI. En esos años Pietro Ingrao, miembro de la dirección del partido, se había mostrado partidario de acentuar la crítica hacia las grandes corporaciones y de avanzar derechamente hacia el socialismo, sin etapas intermedias —postulando así una modificación de la estrategia del partido.

Ingrao argumentaba que no se estaba en presencia de un problema cuantitativo de la economía italiana, como lo demostraba el impresionante crecimiento económico, sino más bien de un problema cualitativo. En esas condiciones, había que abogar por un modelo de desarrollo “alternativo” basado en el fortalecimiento de la sociedad civil y en la descentralización del poder; todo ello, muy en la línea del Movimiento de los Consejos de los años veinte. El capitalismo, y no sólo el fascismo, como se había pensado desde los años treinta, debía ser considerado como el enemigo.

Por su parte, el sector de derecha de Giorgio Amendola temía que una crisis general de la sociedad italiana condujera a una reacción autoritaria de

<sup>110</sup> Grant Amyot, *The Italian Communist Party: the Crisis of the Popular Front Strategy* (Nueva York, St. Martin Press, 1981), 21.

derecha, toda vez que los grandes monopolios estaban inquietos por la radicalización de las fuerzas sociales y políticas. Allí estaba, nuevamente, rondando el fantasma del fascismo, llevando a Amendola, y al liderazgo del partido en su conjunto, a comienzos de los años setenta, a una actitud más bien defensiva.

No obstante su apoyo esporádico, el sector de izquierda de Ingrao fue derrotado en el Decimoprimer Congreso del PCI, en enero de 1966. Tras una purga de los seguidores de Ingrao, un grupo de ellos decidió formar su propia organización. Este grupo, que recibió algún apoyo más adelante tanto desde dentro como desde fuera del partido durante el movimiento estudiantil de los años 1967 y 1968, publicó un periódico llamado *Il Manifesto*, lo que condujo finalmente a la expulsión de sus miembros del partido, en 1969.

Sin embargo, uno de los aportes positivos del sector de izquierda de Ingrao y del grupo del *Manifesto* fue la nueva conciencia sobre las tendencias autoritarias de la URSS y sobre la necesidad de una mayor autonomía. Ello nos ayuda a comprender la firme condena del PCI a la invasión soviética a Checoslovaquia, en 1968. Tras la invasión, mientras *L'Unità*, diario del PCI, señalaba que "la soberanía es un derecho inalienable"<sup>111</sup>, Enrico Berlinguer destacaba que la invasión soviética no podía ser considerada un accidente o error, sino el resultado de "contradicciones y dificultades objetivas del mundo socialista"<sup>112</sup>. Por su parte, Longo declaraba que "las fronteras del socialismo ya no coinciden con las fronteras del campo socialista"<sup>113</sup>. El camino seguido por Alexander Dubcek, tal como el adoptado por Salvador Allende algunos años después, constituía un intento de búsqueda de nuevas vías al socialismo, siendo, así, fuentes de inspiración para el PCI. Esto explica la firme condena a la invasión soviética a Checoslovaquia de parte de la Dirección del PCI.

En enero de 1969, se realizaba el Duodécimo Congreso del partido. En tanto que Longo denunciaba la crisis de la coalición de centro-izquierda, lo que hacía aún más necesaria la formación de un nuevo gobierno con orientación de izquierda, Berlinguer confirmaba la viabilidad y contenidos de la Vía Italiana. Esta última correspondía, según el dirigente, a un camino democrático al socialismo basado en la introducción de ciertas reformas estructurales, las que debían ser llevadas a cabo dentro del marco de la constitución. Dicha estrategia de reformas correspondía esencialmente a una estrategia de alianzas, lo que implicaba la formación de un nuevo "bloque histórico, estableciendo en su interior la hegemonía de la clase obrera"<sup>114</sup>.

Hacia 1969, Amendola, quien desde 1964 había postulado una *Terza Via* para Europa Occidental, diferente a la de la socialdemocracia y la del comunismo del Este, confirmaba la vocación de partido de gobierno del PCI,

<sup>111</sup> En Donald L. M. Blackmer y Sidney Tarrow, *Communism in Italy and France* (Nueva Jersey, Princeton University Press, 1975), 61.

<sup>112</sup> Amyot, op. cit., 179.

<sup>113</sup> Sassoon, op. cit., 216.

<sup>114</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 41.

lo que implicaba procurar "participar en la dirección política del país"<sup>115</sup>. Amendola inicialmente y el liderazgo del partido en su conjunto en los años siguientes, tras los eventos de 1968-1969 tenían la posibilidad de un resurgimiento neofascista. Este último se hacía presente incluso bajo la forma del terrorismo, como lo demostraba la explosión de una bomba en Milán, en la primavera de 1969.

El PCI interpretaba estos eventos y la crisis de la coalición de centro-izquierda con una cierta dosis de optimismo, pues lo acercaban a la posibilidad de participar en un gobierno de coalición, pero también con una dosis de cautela por el temor a un resurgimiento del fascismo —como ya lo insinuaba el éxito electoral alcanzado por el MSI, en el Sur de Italia.

No obstante, el PDC no recurrió al PCI para resolver la crisis de gobernabilidad que afectaba a la sociedad italiana a comienzos de los años setenta. Más bien experimentó un giro a la derecha, llegando a la inclusión, bajo el gobierno de Andreotti (1972-73), de algunos elementos neofascistas; todo ello, mientras crecían las acusaciones contra el PDC por actos de corrupción y soborno.

En diciembre de 1971, en preparación del Decimotercer Congreso del PCI (marzo de 1972), Berlinguer advertía contra el peligro de una involución o un giro reaccionario en Italia, argumentando en favor de una "alternativa democrática de gobierno"<sup>116</sup>. Amendola, por su parte, resaltaba que "la reparación del peligro fascista ha despertado el gran potencial de la lucha antifascista"<sup>117</sup>, haciendo referencia al período de la resistencia contra Mussolini.

La oportunidad para un nuevo Compromiso Histórico entre fuerzas progresistas, democráticas y antifascistas, enraizadas en la clase obrera, surgió a propósito del golpe de Estado que derrocara al Presidente Salvador Allende en Chile, en septiembre de 1973, poniendo fin a la Vía Chilena al Socialismo (1970-1973). Lo que hacía este caso aún más temible, cuando se le comparaba, por ejemplo, con la experiencia de Dubcek, era que en Chile se había instalado un régimen de signo fascista poniendo fin a un régimen democrático de larga tradición. Las profundas semejanzas con la experiencia allendista, que buscó un camino democrático al socialismo en un país con un gran componente católico y con un poderoso partido demócrata cristiano, hicieron aún más relevante para el PCI el caso chileno, tornando así más urgente la búsqueda de una solución para la crisis italiana.

Las reflexiones de Berlinguer sobre la experiencia chilena estuvieron contenidas en tres artículos publicados en *Rinascita*, en septiembre-octubre

<sup>115</sup> Neil Mc Innes, *The Communist Parties of Western Europe* (Londres, Oxford University Press, 1975), 173. Giorgio Amendola desarrolló algunas de estas ideas en una entrevista en *The New Left Review* (106, noviembre-diciembre, 1977).

<sup>116</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 42

<sup>117</sup> Giorgio Amendola, "The Lessons of a Decade", en *The Italian Communist* (4, junio-julio de 1972), 55. En ese mismo artículo señala que "la contra-ofensiva reaccionaria y el retorno provocador de la derecha fascista han demostrado el valor permanente, política e idealmente, de nuestro patrimonio antifascista y de la propia Resistencia".

de 1973<sup>118</sup>. En ellos, junto con insinuar algunas críticas en relación a la Vía Chilena, Berlinguer enfatizaba las lecciones para la Vía Italiana. Dos conclusiones principales extraía el dirigente comunista sobre los acontecimientos en Chile: la amenaza representada por el imperialismo norteamericano en el plano internacional, lo que exigía reforzar los esfuerzos en favor de la Coexistencia Pacífica; y, por otra parte, la amenaza representada por la violencia reaccionaria y la posibilidad de una regresión autoritaria en el plano interno, lo que debía llevar, en el caso italiano, a un nuevo Compromiso Histórico entre las fuerzas progresistas y antifascistas.

Según Berlinguer, los eventos en Chile debían llevar a un despertar más generalizado de la conciencia democrática, en Italia y en todas partes. También debían conducir a un programa para una "renovación democrática" al interior de la sociedad italiana, que pudiera congregarse a la amplia mayoría del pueblo. El modelo propuesto por Berlinguer era el de la lucha antifascista que condujo a la liberación de Italia, bajo el primer Compromiso Histórico (1944-1947).

La Vía Italiana, continuaba señalando el líder del PCI, no era simplemente una "vía parlamentaria"; la transición al socialismo no sería necesariamente "suave y sin dolor", y el partido no podía caer en una suerte de "ilusión legalista". El punto central era, sin embargo, que las transformaciones asociadas a la Vía Italiana debían realizarse dentro del marco de la Constitución antifascista, en favor de cuya existencia se habían librado tantas batallas.

Por otra parte, la estrategia de reformas sólo podría triunfar si descansaba en una estrategia de alianzas, lo que aparecía como el problema central de toda revolución, y que era especialmente importante en el caso de Italia, en que el proletariado constituía una minoría. Así, las clases medias y la vasta mayoría de la población debían ser incluidas en esta alianza, junto con las mujeres, la juventud, las masas populares del Sur y las fuerzas culturales, entre otros sectores.

Se trataba de impedir el surgimiento de una alianza entre el centro y la derecha —"un frente amplio de cuño fascista-clerical"— y, por lo tanto, la creación de una alianza política era tan necesaria como la de una alianza social. Esto demandaba la formación de una alternativa democrática más que de una alternativa de izquierda. Esta era, en efecto, la última lección extraída de la experiencia chilena: "sería ilusorio pensar —dice Berlinguer— que aun cuando los partidos y fuerzas de izquierda obtuvieran el 51% de los votos", este hecho por sí solo garantizaría la sobrevivencia de ese gobierno. Lo anterior requería no sólo de la constitución de una mayoría, aunque esto ya podía considerarse como un progreso, sino más bien de "un nuevo y gran Compromiso Histórico entre las fuerzas que representan la amplia mayoría del pueblo".

Esta era la esencia de las reflexiones de Berlinguer sobre el caso chileno

---

<sup>118</sup> Enrico Berlinguer, "Reflections After Events in Chile", en *The Italian Communist* (5-6, septiembre-diciembre de 1973).

y algunas de las lecciones que deberían extraerse: la amenaza constituida por el imperialismo norteamericano y por la posibilidad de una reacción de derecha de corte autoritario, debían conducir a un claro compromiso con la Coexistencia Pacífica, en el plano externo, y a un nuevo Compromiso Histórico, en el plano interno. De esta forma, el nuevo Compromiso Histórico que Berlinguer y el PCI buscaban, servía diversos objetivos: impedir la formación de un bloque de centro-derecha, especialmente en una época de resurgimiento fascista; neutralizar el poder de veto que Estados Unidos podía ejercer frente a la posibilidad de acceso al poder de los comunistas, mediante la formación de una amplia alianza política; y, finalmente, derrotar el terrorismo, de manera de impedir el colapso de las instituciones democráticas.

Los años siguientes marcaron una declinación del PDC y un fortalecimiento del PCI, surgiendo así una excelente oportunidad para la formación de un nuevo Bloque Histórico. En mayo de 1974, la posición del PDC fue derrotada en un referéndum sobre la ley de divorcio; poco después, en junio de 1975, en una elección local, cuando las acusaciones de corrupción en contra del PDC alcanzaban su punto culminante, los demócratacristianos obtuvieron sólo un 35% de los votos, frente a un impactante 33% del PCI; por otra parte, Zaccagnini, seguidor de la línea de Aldo Moro, reemplazó a Fanfani en el PDC. Todo esto llevó al PCI a estar más cerca que nunca del área del gobierno.

Durante la fase preparatoria del Decimocuarto Congreso del PCI, Berlinguer había dirigido un nuevo llamado a la colaboración con el mundo católico, las clases medias y los socialistas. Más importante aún era su propuesta de "una relación positiva con el PDC"<sup>119</sup> —y no sólo con los católicos, como se había postulado permanentemente. En marzo de 1975, en el Decimocuarto Congreso del Partido, la resolución política final respaldó oficialmente el Compromiso Histórico propuesto por Berlinguer. Dicho voto llamaba nuevamente a la defensa del Estado democrático en su lucha contra el fascismo<sup>120</sup>. Nótese, pues, cómo esta evolución del PCI está fuertemente influida por la memoria traumática del fascismo —aún presente entre los comunistas italianos— y el temor a una regresión autoritaria.

Hacia mediados de los años setenta, el nuevo fenómeno del Eurocomunismo estaba llegando a su grado más alto de desarrollo, llevando a los partidos comunistas italiano, francés y español a formalizar su compromiso con la democracia política. En julio de 1975, tanto el PCI como el PCE firmaron una declaración pública en esta dirección, declarándose partidarios del pluralismo partidario, del derecho de los partidos de oposición a existir y actuar, y de la libre formación y alternancia democrática entre mayorías y minorías, todo ello como elementos constitutivos de un proyecto socialista. En junio de 1976, en un discurso pronunciado ante la conferencia de los partidos comunistas de Europa, Berlinguer confirmó el proceso del Euroco-

<sup>119</sup> Lange y Vannicelli, op. cit., 116.

<sup>120</sup> *Ibid.*, 46.

munismo y el compromiso del PCI, el PCE y el PCF con los principios democráticos asociados a dicho proceso. Berlinguer señaló además que las opciones tomadas por los partidos comunistas de Europa del Este no correspondían a las condiciones de Occidente. Más aún, ese mismo mes Berlinguer declaraba que no cuestionaba la participación de Italia en la Alianza Atlántica y que lucharía por un curso independiente para Italia desde dentro de la propia OTAN: "Es mi deseo que Italia permanezca dentro de la OTAN", dijo<sup>121</sup>. Estos planteamientos surgían del reconocimiento por parte de Berlinguer de que "Italia es parte de un bloque político-militar particular"<sup>122</sup>, como él mismo había afirmado en sus reflexiones sobre Chile tres años antes.

Estos eran algunos de los elementos constitutivos de lo que llegó a conocerse como Eurocomunismo, el que consideraba tanto la autonomía en relación a la URSS, en lo externo, como el compromiso con el pluralismo democrático, en lo interno. Ambos llegaron a ser componentes esenciales del pensamiento de Berlinguer y del PCI en su conjunto.

De este modo, el ambiente político de mediados de los años setenta, tanto a nivel internacional como nacional, parecía bastante favorable a la propuesta de Berlinguer de un nuevo Compromiso Histórico: el PCI se mostraba en ascenso mientras el PDC experimentaba un proceso de relativa declinación. Las elecciones generales celebradas en junio de 1976 —en las que el PCI obtuvo una votación sin precedentes de un 34%, contra un 39% del PDC— confirmaron esta tendencia. Estos resultados llevaron a Berlinguer a decir al PDC, "incorpórennos al gobierno o permaneceremos en la oposición"<sup>123</sup>, a sabiendas de que era bastante improbable para el PDC, en las condiciones que se vivían, rechazar dicha colaboración. Parecía no existir terreno para la exclusión.

En julio de 1976, sin embargo, Andreotti se las ingenió para formar un gobierno mediante un acuerdo político con el PCI, pero sin incluirlo formalmente dentro de la coalición de gobierno. Este gobierno de Unidad Nacional que duró hasta 1979, recibió el apoyo del PCI mediante su abstencionismo en el parlamento. La posibilidad de llegar a ser un partido de gobierno, nuevamente se había perdido para el PCI. Uno de los factores que había debilitado la posición negociadora del PCI, había sido la emergencia del terrorismo de izquierda, representado por las Brigadas Rojas. Este solo hecho colocó a los comunistas en una posición de defensa del Estado italiano, dispuestos a pagar cualquier precio con tal de evitar una reacción autoritaria de la derecha. De esta manera, fue a través de su colaboración desde el parlamento y no de su inclusión en el gobierno, que el PCI contribuyó a evitar una asonada reaccionaria en un período crítico para la sociedad italiana.

Esto último, sin embargo, no implicaba el abandono de la búsqueda de un nuevo Compromiso Histórico. Berlinguer no dejó de lado la idea de

<sup>121</sup> Sassoon, op. cit., 212.

<sup>122</sup> Berlinguer, op. cit., 14.

<sup>123</sup> En Keith Middlemas, *Power and the Party: Changing Faces of Communism in Western Europe* (Andre Deutsch, 1980), 160.

transformar el PCI en un partido de lucha y de gobierno, como él mismo lo definiera. De hecho, para entonces (segunda mitad de los años setenta) el PCI ya participaba en por lo menos dos importantes esferas de poder de la política italiana: el poder local, del cual controlaba casi la mitad a comienzos de los años ochenta, y el denominado *sottogoverno*, que no correspondía a la estructura de poder formal y visible del Estado nacional, sino a una esfera de influencia real y efectiva dentro de la política italiana.

Por otra parte, el PDC, que había experimentado un proceso de declinación relativa en los últimos años, se encontraba dividido acerca de qué actitud adoptar frente a los comunistas: el sector derechista del PDC era partidario de la exclusión del PCI, favoreciendo en cambio una alianza de centro-izquierda con el PSI. Sin embargo, otro sector del partido, encabezado por Aldo Moro, postulaba una postura diferente, basada no en una política de exclusión, sino en la idea del *confronto*, lo que implicaba enfrentar la "cuestión comunista" de una manera más positiva. No obstante que Moro deseaba, dentro de lo posible, mantener al PCI fuera del gobierno, él pensaba que los comunistas habían evolucionado hacia una postura cuasisocialdemócrata y que parecían, por lo tanto, mucho menos peligrosos de lo que desde dentro y desde fuera del partido se pensaba.

De esta forma, la posición de Moro dentro del Partido Demócrata Cristiano abría nuevas posibilidades de colaboración con el PCI. Fue más que una mera coincidencia, y de hecho una tragedia, que en marzo de 1978, exactamente el mismo día en que el nuevo gabinete formado por Andreotti juraba, por primera vez con los votos favorables de los comunistas en el Parlamento y ya no a través del abstencionismo, Aldo Moro fuera secuestrado y, posteriormente, asesinado.

Esto constituyó una tragedia para la política italiana en su conjunto y un revés adicional para los intentos del PCI de llegar a ser un partido de gobierno. Lo anterior, sin embargo, no significó que Berlinguer renunciara a su proyecto. Pocos meses después, en septiembre de 1978, él mismo confirmó la idea de que el PCI no capitularía frente a la "conspiración terrorista". Berlinguer volvió a apoyar nuevamente la idea del Compromiso Histórico, a la vez que declaraba que el eurocomunismo estaba vivo aún.

Ahondando en estos conceptos, Berlinguer llegó a definir el socialismo "como la forma más elevada de democracia y libertad". Dos meses después, en un borrador de tesis para el Decimoquinto Congreso del PCI, Berlinguer confirmó estas ideas llamando a "una transformación de Italia hacia una sociedad socialista fundada en la democracia política". La opción del eurocomunismo, proseguía Berlinguer, era la opción por una sociedad socialista construida "en el contexto de un total desarrollo de la democracia y de todas las libertades". La construcción del socialismo exigía de "un consenso más amplio que la simple mayoría", en el contexto de una "visión pluralista" que consideraba la "alternancia en el gobierno"<sup>124</sup>.

<sup>124</sup> Ibid., 51.

En el Décimo Congreso (1979) del PCI se eliminó de los estatutos del partido la norma establecida en 1945, según la cual era un deber de los militantes, salvo contadas excepciones, "adoptar el marxismo-leninismo y desarrollar su conocimiento, aplicando sus enseñanzas a la solución de cuestiones concretas". En cambio, se estableció que "cada miembro tiene la obligación de incrementar el patrimonio cultural no sólo del partido, sino del conjunto de los trabajadores y del movimiento revolucionario mediante una exposición de todas las corrientes del pensamiento moderno"<sup>125</sup>.

En enero de 1979 Berlinguer se retiró de la mayoría que había apoyado al gobierno de Unidad Nacional entre 1976 y 1979, obteniendo el PCI sólo el 30% de los votos en las elecciones generales de junio de 1979, contra un 38% obtenido por el PDC. Nada de ello implicó, sin embargo, el abandono del compromiso del partido con la democracia política. Este compromiso se vio confirmado en la práctica cuando, en los meses siguientes, el PCI apoyó a Solidaridad en Polonia y condenó tanto la imposición de la ley marcial en ese país como la invasión soviética a Afganistán. Esta posición difería de la adoptada por el PCF, el que, con su apoyo a la invasión, demostraba cuán frágil era su compromiso con el eurocomunismo. Solamente el PCI mantuvo un compromiso total tanto con la autonomía, en el plano externo, como con el pluralismo político, en el plano nacional.

El gobierno de Unidad Nacional terminó en 1979, quedando atrás la década de 1970, que vio nacer y desarrollarse al eurocomunismo. A ello debe agregarse que el arquitecto de este proceso reciente, Enrico Berlinguer, murió en 1984. Nada de esto, sin embargo, ha significado el abandono de los dos pilares del proyecto de Berlinguer: autonomía, en la esfera internacional, y compromiso formal con la democracia política, en el ámbito nacional.

Muy por el contrario, dicha línea ha sido fortalecida y llevada hasta niveles insospechados. Tal fue el caso con Alessandro Natta, quien sucediera a Berlinguer como secretario general del PCI; pero lo es, sobre todo, bajo el nuevo liderazgo de Achille Occhetto. Bajo la dirección de este último pareciera estar culminando el proceso de socialdemocratización del PCI, ya insinuado por el propio Berlinguer<sup>126</sup>. Dos hechos recientes parecieran confirmar esta tendencia: por un lado, en su XXVIII congreso partidario, celebrado en Roma, en marzo de 1989, el PCI acordó un "cambio de rumbo". En la sesión inaugural, Achille Occhetto desechó la posibilidad de una "tercera vía" entre socialdemocracia y comunismo, abogando por la creación de un solo movimiento socialista europeo; desechó también el "centralismo democrático" en la vida interna del partido; negó la existencia de un "movimiento comunista internacional" y propuso una mayor aproximación a los partidos socialistas

---

<sup>125</sup> En Julio Silva Solar, "Convergencia de Cristianos y Marxistas. Perspectivas y Dificultades", en *Iglesia, Teología, Política* (Santiago, Ediciones Chile y América, 1984), 67.

<sup>126</sup> Carlo Ripa di Meana señala que, en la última década, ya ha tenido lugar al interior del PCI una suerte de "Bad Godesberg silencioso" (en Pellicani, op. cit., 21). Fernando Claudín, por su parte, socialista español, señala que el PCI "está en el camino de llegar a ser —si es que ya no lo es— un partido cuasi socialdemócrata" (en *Convergencia*, 11, abril-junio de 1987, 7).

y socialdemócratas europeos; manifestó su simpatía por la Perestroika impulsada por Gorbachov y rindió un homenaje a Alexander Dubcek y la Primavera de Praga, entre otros aspectos relevantes. En las resoluciones finales fue confirmada la línea de Ochetto y el PCI aprobó, por una abrumadora mayoría de los 1.048 delegados, un "cambio de rumbo" en la política del partido<sup>127</sup>.

El segundo hecho, más que simbólico, es la proposición de cambiar el nombre del partido, aprobada en noviembre de 1989, por 219 votos a favor y 73 en contra de los miembros del Comité Central del PCI<sup>128</sup>. Esta decisión fue confirmada en el XIX Congreso Extraordinario del PCI, celebrado en Milán en marzo de 1990. Dentro de poco habrá de decidirse sobre el nuevo nombre de la organización; todo lo anterior, en el contexto de una sostenida declinación electoral, desde un 34% a un 27% en la última elección, y en su militancia, desde 2 a 1,5 millones.

Este proceso de socialdemocratización del PCI viene a confirmar lo que éste ha llegado a ser, especialmente en las últimas décadas, en su práctica concreta: un partido socialista, democrático, de reforma. Es cierto que el PCI no ha tenido éxito en llegar a ser, nuevamente, un partido de gobierno, pero sí ha tenido éxito en transformarse en un *partito nuovo*. Está por verse si el "cambio de rumbo" recientemente aprobado, le facilitará el acceso al gobierno, cumpliendo así con su anhelo de constituir un segundo Compromiso Histórico, desde las esferas de poder.

### Conclusión

En la primera parte de este capítulo, citábamos a Gramsci, quien expresaba que "tres años de experiencia nos han enseñado, no sólo en Italia, cuán profundamente enraizadas se encuentran las tradiciones socialdemócratas". Transcurridas más de seis décadas, podemos confirmar sus posiciones. Lo que el teórico italiano nunca imaginó, sin embargo, fue que tales tradiciones iban a alcanzar a su propio partido. Más aún, los tres casos que hemos considerado en este trabajo demuestran cuán profundamente enraizadas están las tradiciones socialdemócratas en el conjunto de la Europa Occidental.

Los tres casos demuestran que, más allá de sus tradiciones y especificidades, la ideología de la clase obrera europea está constituida básicamente por la socialdemocracia. El socialismo europeo aún corresponde al paradigma socialdemócrata. Aunque la socialdemocratización del PCI es recién un proceso en marcha, con resultados y consecuencias que no podemos prever, ella muestra que dicho partido no pareciera ser una excepción a la realidad más amplia del socialismo europeo en general.

¿Qué factores produjeron estas transformaciones en el PCI?

En primer lugar, podemos anotar la temprana constatación, por parte de Gramsci, de la imposibilidad de llevar a cabo, en las sociedades occidentales,

<sup>127</sup> "La Epoca", 19 y 23 de marzo de 1989.

<sup>128</sup> "El Mercurio", 26 de noviembre de 1989.

una revolución de tipo bolchevique; junto con ello, su constatación acerca de la verdadera naturaleza del fascismo, el que demostraba la gran adaptabilidad y relevancia de las formas políticas en Occidente. Al interior de dichas sociedades, según Gramsci, existía un importante elemento consensual, lo que llevaba a enfatizar la necesidad de asegurar una hegemonía en el seno de la sociedad civil, por sobre la opción del asalto del Estado. En otras palabras, las estrategias basadas en la Guerra de Maniobras y el asalto al Estado, aplicadas exitosamente en el Este, debían ser reemplazadas en Occidente por la Guerra de Posiciones, basada en la ocupación cultural de la sociedad civil. De este modo, sin ser Gramsci un teórico del pluralismo, e incluso menos de la democracia representativa, sin ser un teórico de la reforma sino de la revolución, podemos decir, sin embargo, que influyó indirectamente en la evolución posterior del PCI, en la dirección señalada.

En segundo lugar, es imposible entender las transformaciones que han tenido lugar al interior del PCI sin considerar el impacto traumático de veintidós años de fascismo en la sociedad italiana en general, y especialmente sobre el PCI. El temor de una regresión autoritaria en el seno del capitalismo avanzado ha hecho que el PCI, más que cualquier otro partido político en Italia, se mantenga en guardia frente a la posibilidad de una involución. Ello ha conducido, entre otras cosas, a una nueva valoración de la democracia política, que supera los estrechos límites de las consideraciones meramente tácticas del primer período. Más de dos décadas de dictadura enseñaron a los comunistas italianos que el verdadero dilema era entre fascismo y democracia, y no entre fascismo e insurrección proletaria, como se pensaba entre la Primera y Segunda Guerra Mundiales.

Togliatti lo entendió primero que nadie, pasando de una valoración táctica de la democracia política a una valoración estratégica expresada en la Vía Italiana. Finalmente, una formulación más consistente, siguiendo la línea de un genuino tipo de socialismo democrático europeo occidental, emergió con Berlinguer, en torno al eurocomunismo y de allí en adelante. En el centro de este proceso encontramos un compromiso formal con la democracia política, respaldado por una práctica consistente en ese mismo sentido.

En tercer lugar, debe destacarse el contexto internacional, en al menos dos sentidos: por una parte, el nivel de tensiones internacionales es decisivo en términos del grado de apertura de un partido como el PCI. El clima de tensiones de la Guerra Fría llevó al PCI a un aislamiento relativo y a cerrar filas con la URSS, en tanto que un clima de Coexistencia Pacífica lo condujo al extremo opuesto. La lógica de bloques era fortalecida por la primera situación, mientras que el policentrismo y la autonomía eran facilitadas por esta última.

Por otra parte, la crisis al interior del comunismo del Este, especialmente tras los eventos en Polonia y Afganistán, y de allí en adelante, ha llevado al PCI a una actitud crítica frente a la URSS y a un total desencanto con los "socialismos reales". Como centro de esas críticas, encontramos referencias a las tendencias autoritarias en el interior del socialismo burocrático y centralista, lo que conduce, a su vez, a una nueva valoración de la democracia

política conforme a una concepción liberal de tipo occidental: pluralismo político, alternancia en el poder, respeto a los derechos de la mayoría y minoría, y a las libertades democráticas fundamentales. Desarrollos recientes en Europa del Este y en la URSS, en torno a la Perestroika, han reforzado aún más el compromiso del PCI con un genuino tipo de socialismo democrático europeo occidental.